



SALES LITÍNICAS DALMAU

EFERVESCENTES

PRODUCTO NACIONAL

*



¡¡POR FIN!!

Encontré las mejores y más económicas.

Para
combatir
la

**Gota,
Reumatismo,
Artritis,
Enfermedades del estómago,
Estreñimiento,
Hígado,
Riñones,
Vejiga,
Hiperclorhidria,
etcétera**

*

Se expenden
en

VASOS

y

CAJAS

de cristal de
12 paquetes
para preparar
12 litros

metálicas de
15 paquetes
para preparar
15 litros

CAJAS GRANDES

de 120 paquetes para preparar 120 litros de la mejor y más económica

agua mineral de mesa

DEPOSITARIOS
EXCLUSIVOS

ESTABLECIMIENTOS DALMAU OLIVERES, S. A.

PRINCESA, 1

BARCELONA



Director técnico y Administrador: S. Torres Benet

Gerente: Jaime Olivet Vives

Director literario: Mateo Santos

Redacción y Administración: París, 134 y Villarroel, 186 - Teléfono 72513 - BARCELONA

Redactor jefe: Enrique Vidal

Director musical: Maestro G. Faura

29 DE OCTUBRE DE 1931

Delegado en Madrid: Luis Gómez Mesa

María de Molina, 92

CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA EN ESPAÑA Y AMÉRICA:

Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A. * Barará, 16, Barcelona : Ferraz, 21, Madrid : Mártires de Jaca, 20, Irán
Plaza de Mirasol, 2, Valencia : San Pedro Mártir, 13, Sevilla

"Servicio de suscripciones": Librería Francesa - Rambla del Centro, 8 y 10, Barcelona

OPINIONES

Robinsón literario y la crítica cinematográfica

GIMÉNEZ CABALLERO — cansado de andar sin descanso y sin hallar posada en su camino—se metió un día en una barca y empezó a remar.

Y solo navega por el infinito mar del momento sin temer a los remolinos ni a las trombas marinas. Maneja el remo con tal maestría que la frágil barquichuela le obedece sumisa y marcha siempre por donde él quiere llevarla.

Giménez Caballero es el Robinsón de 1931. Es decir, el reverso del Robinsón que imaginó y moldeó Daniel Foe; aquél, Robinsón del siglo XIX, siempre inmóvil en su isla, sin más radio de acción que el que el mar le permitía, y éste, novísimo del XX, recorre el mundo de punta a punta, siempre inquieto, sin dar nunca con un puerto que le guste lo bastante para echar el ancla.

El Robinsón, solo en su barca, está más acompañado que nadie. Se acompaña a sí mismo. Creo que es lo más que puede desear.

Mueve los remos con nerviosidad, y las gotas que saltan de la superficie salpican y mojan a todos: a artistas, políticos, escritores...

Y, como es natural, también le cayeron unas golitas a la crítica cinematográfica.

Y la culpa la tuvieron—sin darse ellos cuenta—los auténticos escritores de cinema.

Al ocuparse de ellos, y resaltar su valor, quedó más al descubierto la distancia de clase y moral que hay entre las dos clases de crítica.

El Robinsón es irónico. Sus gafas fueron elaboradas, con seguridad, por Pedro Botero en las calderas infernales. Y como todo lo mira a través de ellas, resultan sus comentarios jugosos en extremo.

Basta para comprender que así es con copiar, y leer, este párrafo que publicó hace poco:

"Un día habrá que dar el ataque en línea a esa categoría. Terminar con la vergüenza social de tener «el espectáculo más humano y amplio del hombre actual» en manos generalmente agacetilladas, a tanto la línea, sin libertad y sin fuerza honda de opinar. Conste que no me refiero a nadie concreto. Y haría mal en ofenderse alguien, pues sería como aquél que volvió la cara cuando uno chilló detrás: ¡bruto! El cine, terrible negocio, habría que separarlo del negocio—para poder hablar de él puramente, dignamente, altamente—como se ha llegado a hablar del teatro, de la poesía, de la música, en perdurables y clásicos ensayos..."

Tengo la seguridad que todos esos «críticos» volvieron la cabeza al oír que les llamaban.

Claro está que no se atrevieron a manejar la pluma en contra de lo que les decían. Sabían que iban a salir perdiendo; lo primero, por faltarles la razón, y lo segundo, por carecer

de inteligencia para competir con el Robinsón.

Así, que optaron por callar. Y seguir cobrando y engañando indefinidamente.

"Un día habrá que dar el ataque en línea a esa categoría"

Yo creo que ese día ha llegado ya.

Es vergonzoso aguantar un momento más. Y como yo así lo he creído he atacado—solo—cuantas veces he podido. Y seguiré atacando sin descanso, y uniéndome a todo el que haga lo mismo.

Y tengo la seguridad—y la satisfacción—de poder obrar libremente, y hasta, si quisiera, tirar la primera piedra. Pues, ausente por completo de corrillos y peñas cinematográficas, veo el panorama cinematográfico desde el punto de espectador independiente, y, también, anónimo.

Así que puedo exponer libremente mi opinión particular sobre la prensa cinematográfica madrileña.

Lo haré claramente, sin rodeos, en cuatro palabras. Así, de este modo:

Nuestra Portada

Esta semana nuestra portada parece una estampa muy española.

En ella, una mujer morena de mirar ardiente, pulsa una guitarra: Sofia Bozán, la porteña de "Las Luces de Buenos Aires", que la Paramount presentó en el Coliseum.

Una mujer y una guitarra: España.

En la contraportada, una de las artistas más guapas del cinema yanqui: Billie Dove, actriz de Artistas Asociados.

Apartando primero a los escritores cinematográficos, a aquellos que se encuentran totalmente apartados de la crítica diaria, y que dedican su actividad a los artículos y hasta a los libros: Arconada, Piqueras, Ayala, Gómez Mesa...

Y enfrentándome ahora con los que reseñan diariamente los estrenos de las películas.

¿Y, cuántos de ellos merecen el título de críticos cinematográficos?

Muy pocos. En primer término está Antonio Barbero. Este es un caso aislado. Luego encontramos a Fernando G. Mantilla. Mantilla podía ser—ya lo fué antes—el gran crítico que el cine necesita. Sus charlas por el micrófono de Unión Radio profundizaban y analizaban las películas de un modo poco común. Todavía recuerdo, y recordaré, lo que dijo sobre «Moulin Rouge», Buster Keaton, «Anna Christie», y «Cuatro de infantería»... pero, últimamente, le pasa algo raro. Le gustan todas las películas. Defiende todo. Es un hombre que al sentarse en la butaca se siente feliz y lo ve todo de color de rosa.

Pero—lo decimos lealmente—esperamos que, de un momento a otro, se encuentre Mantilla a sí mismo.

Y, últimamente, hay que añadir a esta corta lista de críticos dos nombres: Alfredo Cabello y José Pizarro. Acaban de aparecer. Por ahora tienen gran independencia y, de seguir así, en un futuro próximo, podrán alternar con los nombres citados antes.

Y vamos con los otros.

No tendría inconveniente en citar sus nombres. Pero, para limar asperezas, me conformo con indicar el periódico en que escriben.

No se les ocurra a ustedes, por tanto, buscar crítica, ni cosa que se le parezca, en «La Libertad», «Ahora», «Heraldo», «La Nación», «El Sol» e «Informaciones».

Anuncios los hallarán en gran escala.

Creo que he hablado claro, y creo también, como el Robinsón, que nadie se ofenderá. Aquí se trata de una cuestión exclusivamente periodística. Pues, personalmente, es cada uno muy dueño de ganarse la vida como quiera o como pueda.

Admirado Robinsón: ya ve usted que alguien responde a su grito de guerra. Por esta parte ya se han roto las hostilidades. Yo solo sé que nada he de conseguir, por eso le ruego que alguna vez que otra, se acuerde la crítica cinematográfica y enarbolando el remo les dé un gran chapuzón; les hace mucha falta.

Puede hacerlo cuando quiera.

¡Señor Robinsón: siga remando! Hágalo con fuerza, levante surtidores de tinta que cieguen y destruyan esa plaga que estamos padeciendo.

RAFAEL GIL

CÓMO SE ESCRIBE UNA PELÍCULA

(Artículo de exclusiva para "Popular film")

SIEMPRE sentí la más grande curiosidad por conocer en qué modo las obras teatrales, cuentos o novelas vienen a convertirse en películas.

Pensaba como todo el mundo, que escritores especializados en esos menesteres, en contacto casi inmediato con el público y en comercio constante con las Letras, tuvieran a su cargo la selección de los originales y su adaptación para la pantalla.

Pero mi curiosidad nacía del pobre avvenimiento que existía entre tan sensata y capacitada manera de trabajar y las películas que de ordinario contemplaba.

Si exceptuamos unas pocas películas cuya artística realización ha ofrecido coyunturas oportunas para que nazcan la crítica cinematográfica y las consideraciones del cine como forma de Arte, todo es en la pantalla, negación del ingenio, cromografía ingenua, irrealdad abandonada por la Maga Ilusión, divorcio en fin del Arte con el espectáculo, del pueblo con los actores.

Y vino naturalmente el día en que satisfecha mi curiosidad, asistí al entierro de una de las ilusiones que me había dado el cine. Sucedió esto una mañana en que concurrí a una de las juntas semanales en que se reúnen los escritores contratados por cada uno de los famosos estudios de California para escoger las obras que el público pide, determinar los elementos con que se las ha de confeccionar y tratar cuanto atañe al aspecto intelectual de la producción cinematográfica.

Pero unas semanas antes de este suceso, quedé asombrado ante lo que me contara un conocido escritor alemán que era mi vecino en el hotel.

Este novelista, famoso dondequiera que se lea el alemán, había sido contratado en Europa por el Departamento de Escenarios y Libretos de un poderoso estudio.

—Ganando un magnífico sueldo semanal vine a Hollywood y me alojé en este hotel—me dijo—. Al principio pensaba lleno de entusiasmo, en lo útiles que serían al estudio ciertas ideas sugeridas por mis amigos de Europa y ciertas concepciones mías. Pasaron los días primero y las semanas luego. El estudio no me llamaba para nada ni me permitía cristalizar en la pantalla mis obras. Lo único que recibía con religiosa puntualidad era un cheque semanal bastante crecido. Al fin me convencí de mi inútil permanencia en Hollywood. Intenté dos o tres veces escribir una novela sin que los resultados me halagaran. Me era imposible obtener la concentración que ha presidido siempre mis trabajos

literarios. Decidí entonces regresar a Europa. Faltaban pocas semanas para que mi contrato expirara y el estudio no tuvo inconveniente en permitirme que me trasladara a Nueva York. Desde allí pensaba marcharme a Europa, pero estando en Nueva York charlé con algunos buenos amigos sobre mi aventura en Hollywood y su influencia me hizo reflexionar un tanto sobre la falta de delicadeza que significaba vivir de un sueldo que no había ganado. Tomé la resolución de devolver al estudio su dinero y para hacerlo así regresé a Hollywood. ¡Cuál no sería mi sorpresa al encontrar en el hotel los últimos cheques y la renovación de mi contrato! Y aquí me tiene usted esperando que concluya este segundo año de vacaciones que la Providencia me ha deparado.

La historia del alemán era ciertísima y debilitó mi creencia en que las grandes industrias americanas están gobernadas inteligentemente y sin derroches inexplicables.

Luego vino el día de la desilusión.

Llegué al estudio muy temprano y tuve que esperar largamente a que comenzara la sesión. Sólo con diferencias de minutos fueron entrando al salón las dos docenas de escritores que estaban permanentemente contratados. Los más de ellos se adormilaban en cuanto ocupaban sus sillones. Poca influencia tenía sobre sus imaginaciones amarillentas como el sol enfermo de las tardes otoñales, la claridad luciente y alegre con que se adornan las mañanas del místico Hollywood.

Se hablaba de películas y queridas y de girls y películas y de negocios bursátiles y películas. En esto llegó un hombrecillo pequeño y grueso que con dificultad y mucho acento germánico se expresaba en inglés. Ocupó el asiento principal y no sin mucha fatuidad comenzó a hablar.

—Mis queridos amigos, es preciso que preparemos una película brillante y original para que haga su debut en este estudio mister X. (un famosísimo actor) a quien han traído aquí la intuición y el talento maravilloso de Mr. B.

—¿Algo nuevo y original?—preguntó con intención mordaz uno de los escritores—. Eso es exponernos a que X. debute desagradando al público.

—No le falta razón—dijo otro—. Tratemos de crear más bien, una película semejante a la que está haciendo famoso a A. y enriqueciendo a la compañía que lo tiene contratado.

—¿Cómo puede ocurrírsele mi querido se-

ñor, que X. sea capaz de triunfar con una obra cortada a la medida de A.?

—Eso no tiene importancia, lo que interesa es el asunto; hoy sólo se hace cola en los cines que exhiben películas de gangsters.

—Eso es exactamente lo que yo quería decir—explicó el primero.

—Señores—gritó alguien—yo tengo un argumento espléndido: un gangster formidable a quien pierde el amor que siente por la querida del más importante periodista de la población.

—¡Oh, no! Eso se ha hecho ya muchas veces—gruñó el que presidía—. Necesitamos algo mejor. Piensen, señores, trabajen con la imaginación. ¿Usted qué opina?—concluyó dirigiéndose a un muchacho pálido y moreno que no había tomado parte en la algarabía.

—Ante todo quisiera comprender...

—No hay duda, usted lo comprende todo. De lo que se trata es de ofrecer a Mr. B. algo intenso, escalofriante y el mismo tiempo nuevo.

En estas razones el sueño huyó de todos los semblantes, que aún no se habían despejado. Todos hablaban, todos juraban, nadie atendía. El digno presidente pareció impresionado por el entusiasmo de sus auxiliares y decidió retirarse por algunos minutos.

—¡Oh, ahora se respira mejor! ¿No le parece, amigo?—me preguntó alguien.

—En efecto... es probable... se ha levantado una ligera brisa quizá.

—¡Que brisa ni que ocho cuartos! Si todo el aire lo tiene en su cabeza el presidente de esta reunión. Si no fuera por su parentesco con Mr. B.

Este regresaba muy hinchado con el éxito de la sesión. La juerga siguió adelante hasta que las campanadas del reloj llamaron a almorzar.

—Bien—dijo el presidente—hemos adelantado mucho. Dos de ustedes encárguense de escribir un par de argumentos basados en la vida de los gangster. Otros dos pueden encargarse de preparar una docena de chistes oportunos, para aclarar un poco la vida sombría del hampa. Muchísimas gracias, señores, por su cooperación.

Yo había perdido la mañana. El estudio tenía una película más. Dos docenas de escenaristas habían justificado su sueldo por unos cuantos meses. Cuando cruzaba las oficinas principales me encontré con el muchacho pálido a quien no se había permitido hablar. Parecía excitado.

—Hace tres semanas que quiero hablar con el presidente del estudio—dijo—y no consigo verlo. Quiero explicarle lo que pasa aquí. Cómo se derrocha el dinero. Por qué se hacen tan malas películas...

No terminó de hablar. El presidente del departamento de escenarios llegó dispuesto a exhibir ante Mr. B. el triunfo de su inteligencia.

El muchacho se levantó de un salto. Todo el discurso que preparaba para Mr. B. brotó fogoso, resuelto y abrumador.

—He terminado... y he terminado también con el estudio. Me marchó ahora mismo...

Y sin esperar respuesta se retiró.

En aquel momento salía de su despacho Mr. B. El digno presidente del departamento de escenarios le saludó muy sencillamente y casi sin respirar le repitió cuanto había dicho el muchacho. —He terminado—concluyó—me marchó...

—En efecto—le contestó radiante Mr. B.—se marcha usted. Pero es a la gerencia general adonde usted irá. Hombres de su temple y de su talento son los que yo necesito.

FERNANDO RONDÓN

Hollywood, 1931.



Correo femenino

De interés para la mujer

El problema feminista es más complejo de lo que les parece a quienes someramente lo miran bajo sus aspectos político y profesional, que no son ni de mucho los únicos. Entraña varios otros problemas parciales que es necesario ir resolviendo en ordenada serie, porque cada uno de ellos es antecedente del que le sigue en enlace y consecuencia del que le precede. El error está, a nuestro entender, en que todas las polémicas entre feministas y antifeministas en los países rezagados en este punto, se contraen a si se les debe conceder o no voto a las mujeres en las elecciones. Los antifeministas recalcitrantes dicen con sorna que sólo faltaba que las mujeres se metiesen en política para enmarañarla más de lo que está, y nadie les quita de la cabeza que la mujer es por naturaleza inferior al hombre y ha de quedarse en casa con la pierna quebrada. Otros confiesan que no estaría mal la intervención de la mujer en los municipios, porque los asuntos de la incumbencia de estas corporaciones populares son por lo general más propios de mujeres que de hombres, sobre todo lo relativo a subsistencias, abastos, higiene y beneficencia; pero se les eriza el cabello a la sola presunción de que también pudieran ser electoras y elegibles en los Parlamentos.

En cuanto al aspecto civil reconocamos que es indispensable colocar a la mujer casada en paridad de derechos y deberes con el marido, y a la soltera mayor de edad en el mismo nivel de ciudadanía que al hombre. Pero tampoco fuera eficaz la igualdad civil si no la acompañara en el aspecto económico la igualdad en la retribución del trabajo, que debe pedirse, no mirando quién lo hace, sino cómo lo hace y el rendimiento que allega. No por ser hombre el que cuida del telar van más de prisa las lanzaderas. Para el trabajo, tanto monta el telar como la máquina de coser o la taquilla de una estación. La injusticia está en que valiendo lo mismo y a veces más el trabajo de la mujer que el del hombre, abusen de su desamparo legal quienes precisamente aparecen más ardientes feministas en el aspecto político. El estómago es entraña común de dos, y en donde no hay pan no acallan el hambre los derechos políticos. Las carreras y oficios de la mujer han de dar lo suficiente para el decoroso mantenimiento de una vida y asegurar la independencia económica, compañera forzosa de la verdadera libertad cívica.

En cuanto al aspecto profesional, no hay ley humana ni divina que impida a la mujer abrazar una carrera, aprender un oficio o seguir la natural inclinación que la lleve al cultivo de las artes. La medicina, la abogacía, las ciencias puras y las de aplicación, la ingeniería, el comercio y la industria están para ella abiertas en las universidades y escuelas pro-

fesionales. El obstáculo está en la postergación cívica de la mujer, en su perpetua dependencia del padre cuando menor, del marido cuando casada y de los prejuicios sociales cuando viuda o mayor de edad en soltería. Ciertamente es que nadie le impide ejercer privadamente su profesión a una doctora en medicina; pero ¿qué municipio la nombrará médica titular? ¿qué Academia de Medicina le dará asiento en sus escaños? ¿qué tribunal de justicia la designará por perito? Podrá estudiar sin trabas la carrera de jurisprudencia; pero ¿qué colegio de abogados la admitirá al ejercicio de su profesión? ¿le será posible hacer oposiciones a la judicatura, a la notaría, al registro de la propiedad? ¿podrá ni siquiera ejercer el cargo de juez municipal que en algunos países anda en manos de palurdos casi analfabetos? Si de las ciencias puras tratamos, tendrá matrícula abierta en las aulas de cualquiera de las tres secciones de la Facultad, y sin reparo, si talento tiene para ello, podrá cursar con sobresaliente aprovechamiento todas las asignaturas hasta doctorarse; pero una vez recibido el título, ¿podrá hacer ope-

VAPORAL
LAVA EL CABELLO EN SECO
sin DESONDULAR

sición a cátedras o la admitirán en calidad de profesora los establecimientos de enseñanza privada?

Se echa de ver, por lo tanto, que en los países donde cuanto la tradición legó de malo prevalece contra cuanto el progreso nos trae de bueno, los caminos que con tanto aparato de instituciones e institutos femeninos se le abren a la mujer, resultan al fin y al cabo callejones sin salida, porque si bien no se le niegan los medios, se le prohíbe alcanzar el fin.

La dificultad con que tropiezan dichos países es que por secular apatía, por haber escondido bajo el hoyo los talentos que Dios les dió, y desaprovechar las ocasiones deparadas por la historia para ser luz que puesta en el candelero alumbrara a la humanidad entera, se encuentran encerrados en un círculo vicioso parecido al que trazó el insigne satírico español Mariano José de Larra, al decir de su patria: «si no se escribe porque no se lee, o no se lee porque no se escribe». Análogamente, los adversarios del feminismo aducen por argumento la incultura rayana en la barbarie de la inmensa mayoría de las mujeres aldeanas y lugareñas, esclavas de las más groseras supersticiones, para quienes la religión no va más allá de un fetichismo egoísta, y que bien halladas con su inferioridad social, no acertarían a ejercer dignamente sus derechos ni a

cumplir estrictamente sus deberes. Por otra parte, las mujeres de la clase media sólo difieren de las plebeyas en la externa vistosidad que les prestan el traje, los modales urbanos y la superficial educación de colegio, parecida por lo artificiosa a esos barnices que dan al pino apariencias de madera fina. Para la eficacia social de las reivindicaciones feministas es indispensable fomentar con resuelta sinceridad la cultura de la mujer y ponerla así en condiciones de aptitud para ocupar en la sociedad el lugar que en justicia le corresponde; pero precisamente el particular y egoísta interés de las predominantes oligarquías masculinas, sobre todo en los países seudodemocráticos, está en mantener a las masas populares y mayormente a las femeninas en supina ignorancia, porque así se las puede subyugar más fácilmente sin recelo de que reivindiquen unos derechos que desconocen, y al propio tiempo hay con ello aparente razón de replicar a los defensores del feminismo diciendo: ¿cómo queréis que las zafias aldeanas, las incultas lugareñas, de romo entendimiento, cretinas y analfabetas, en número tan infinito como el de los necios a que alude el rey sabio, intervengan ni siquiera en la vida municipal, abrumada hoy de problemas sociales y económicos, cuya acertada resolución requiere consumada experiencia y profundos conocimientos? ¿cómo pretendéis que esas mismas mujeres, incapaces de gobernarse a sí mismas, veleidosas como niños y necesitadas de protección y tutela a causa de su ignorancia, tengan en la sociedad conyugal los mismos derechos que sus maridos?

El argumento parece a primera vista contundente; pero valga considerar que la inmensa mayoría de aldeanos, campesinos y lugareños están en el mismo nivel intelectual que sus mujeres y tan faltos de positiva educación como ellas; y sin embargo, no por su cultura ni por su aptitud ni por su moral superioridad de que carecen, sino por la sola razón de su sexo, les otorgó una ley injusta los mismos derechos civiles y políticos que a los ciudadanos de cultivado entendimiento y conscientes de su virilidad.

Al punto a que han llegado las cosas en el orden social, no es posible esperar a que todas ni siquiera la mayoría de mujeres de un país estén intelectualmente capacitadas para el ejercicio de sus derechos. Si no lo están, culpa fué y sigue siendo de los gobernantes que descuidaron en tiempo oportuno su educación, y ahora la situación general del mundo exige por imperio de los tiempos que, a pesar de todos sus inconvenientes, se realicen las necesarias reformas sociales para colocar a la mujer en el lugar que por derecho le corresponde. La selecta minoría femenina, de sobra capacitada para colaborar con el hombre en las funciones de la vida colectiva, no ha de sufrir en perjuicio de su dignidad moral y de sus materiales intereses las consecuencias de los errores de acción y omisión en que más bien por malicia que por inadvertencia incurrieron pertinazmente los gobernantes.

F. C. T.

PELUQUERÍA PARA SEÑORAS

Ondulación permanente

Completa **15** ptas.

Realizada con los mejores aparatos modernos, conocidos hasta la fecha

ESTABLECIMIENTOS DALMAU OLIVERES, S. A.

Ronda San Antonio, n.º 1 (Entrada por la Perfumería) : Teléfono 13754 : Barcelona



DISCOS DE PELÍCULAS SONORAS

Empieza la temporada y...

Aunque ya hace un mes que la temporada «oficial» cinematográfica fué inaugurada, pocas son todavía las novedades fonográficas concernientes al «talkie» que podemos registrar. La escasez de discos de films sonoros padecida durante el verano, perdura en los momentos actuales, y ello es perfectamente comprensible, si tenemos en cuenta que el éxito de esta clase de discos va íntimamente ligado al éxito de las películas a que pertenecen, por lo cual las editoriales se abstienen, generalmente, de lanzarlos al mercado hasta después del estreno de aquéllas, ya que si lo hicieran con antelación, pasarían desapercibidos, no solamente porque no es fácil recordar entre la gran cantidad de «records» que se editan mensualmente y la heterogeneidad de sus marcas uno determinado aparecido meses atrás, sino porque el título de una película puede no significar nada en el ánimo del público antes de conocerla y adquirir, por el contrario, un gran interés una vez vista y oída. Y como en realidad los estrenos verificados hasta ahora, con pocas excepciones, han sido de tan poca monta, de ahí que la edición de discos se realice en tan exigua proporción en la hora presente.

Pero pasarán unas semanas—pocas—y lo que ahora es escasez se convertirá entonces en abundancia. El público vaciará sus bolsillos en los establecimientos de fonografía después de haber visto un film de su agrado para saborear en el propio domicilio sus mejores trozos musicales, apresados en los discos, y la pluma del crítico no descansará en su tarea de comentar las últimas novedades aparecidas. Precisamente esta temporada, en contra de lo que se ha dicho, hay más operetas y comedias musicales filmicas que en la temporada anterior.

Los nombres de Tibbett, de Chevalier, de Mojica y de tantos otros que ya suenan por ahí, son una prueba de lo que decimos.

En 1931-32 tendremos, por lo tanto, «música» en cantidad. Lo que hay que desear, sin embargo, es que la tengamos en calidad.

LOS NUEVOS DISCOS

“Petit-Café”.—La Voz de su Amo

«Petit-Café», por Maurice Chevalier, y «Petit-Café», por Jack Hylton y sus muchachos. De estas dos formas, para todos los gustos, nos sirve «La Voz de su Amo» unos números musicales de la película Paramount que lleva por título el de la comedia de Tristán Bernard.

Para los que apetezcan la cosa en su propia salsa está el disco AE-3749. Quien prefiera el bailable tiene el AE-3750. Ambos son de 25 centímetros y etiqueta verde.

En el 3749, Maurice Chevalier canta «Mon idéal» y «Dans la vie quand'on tient le coup»—inútil decir que en francés—. «Mon idéal» es una canción por el estilo de «Me trajiste un nuevo amor», de «El gran charco»; es decir, una canción con toquecitos románticos que no logran apagar la socarronería siempre triunfante de Chevalier. «Dans la vie quand'on tient le coup»—reverso estético y reverso material, en el disco, de «Mon idéal»—se ajusta en un todo al estilo frívolo, al buen humor de Maurice. Es una canción «tipo Chevalier»: ligera, alegre, irónica en la letra como en la música, y aunque «manufacturada» en Norteamérica, parece oreada por un sutil «arrecillo burlón de París. No obstante, sus autores son todos americanos, pues si bien la firma también Bataille-Henri, éste ha sido en puridad no más el traductor. Los otros, los americanos, son los de siempre en las producciones de la Paramount: R. A. Whiting, autor de la música, y Robin de la letra.

La orquesta de Jack Hylton ejecuta en el

disco 3750 las mismas composiciones, como foxtrots, las cuales aquí llevan los títulos en español y entre paréntesis en inglés: «Mi idéal» («My idéal») y «La gran vida» («It's a great life»).

¿Tendremos que decir que la interpretación de ambos «foxes» es excelente después de haber dicho que es de la Orquesta Hylton?

“Lord Byron of Broadway”.—Odeón

Un error de información ha hecho que «Odeón» haya presentado su disco número 183.170—etiqueta azul, 25 centímetros—como perteneciente a la película «Jugar con el fuego», cuando en realidad pertenece a «Lord Byron of Broadway» (sin título en español todavía).

«Lord Byron of Broadway» es un film que debió darse la temporada pasada y que mucho nos tememos quede inédito para nosotros. El hecho de que no se estrenase en aquella ocasión—y más siendo una temporada la de 1930-31 de escasez de material en España, tanto que fué preciso lanzar producciones reservadas para la presente—, nos autoriza a abrigar esa suposición, que de confirmarse lamentaríamos, por lo menos porque nos priva de escuchar unas piezas musicales tan simpáticas como «La mujer en el zapato» y «¿Debo hacerlo?», que conocemos por el disco «Odeón», que hemos nombrado.

Ambas son obra de Arthur Freed y Nacio Herb Brown, los cuales en Metro, como Robin y Whiting en Paramount, tienen el cargo de autores «inevitables» en todas las producciones.

«La mujer en el zapato» y «¿Debo hacerlo?» están ejecutadas por la excelente orquesta del Pennsylvania Hotel, de Nueva York, agrupación musical de la cual merece ser destacado un cantor que ameniza los refranes con su voz agradable, persuasiva, puesta en un falset maravilloso, con esa habilidad que para esto poseen los cantores yanquis.

RECORD

EL SENTIDO CRÍTICO DEL PÚBLICO

CONCURSO “MARRUECOS”

Motivo del Concurso “Marruecos”

En multitud de ocasiones, y especialmente con motivo de las sesiones de arte, la prensa ha reconocido que el público de Barcelona posee una extensa cultura cinematográfica y un clarísimo criterio analítico para juzgar el valor de los films.

La Paramount, cuyos desvelos por dar al espectador lo que éste pide, son bien conocidos, ha querido dar a este público de Barcelona—tan adicto a su marca—una oportunidad para que luzca sus conocimientos en materia de cinematografía.

1.000 PESETAS

de premios a las tres mejores críticas

Primer premio.	500 pesetas
Segundo	300
Tercer	200

A ello obedece este Concurso de críticas entre los mismos espectadores. Concurso que,

si en otras partes habría de resultar un fracaso, en la culta Barcelona tenemos la convicción ha de constituir un éxito rotundo; un éxito que pregonará ante propios y extraños el amor de los barceloneses por el séptimo arte y comprensión del mismo.

La Paramount espera igualmente recibir numerosas sugerencias de los participantes en este concurso para orientar en lo futuro sus producciones de acuerdo con lo que demanden los participantes. Y si de esta especie de plebiscito, salen las iniciativas que esperamos recibir, no será la última vez que recurramos a comunicarnos con nuestros favorecedores.

Bases por las cuales ha de regirse el Concurso “Marruecos”

1.º Concisión. En igualdad de condiciones se otorgará el premio a la crítica más breve.

2.º Las críticas deben ser sinceras, indicando las cualidades y defectos observados en el film.

3.º Quedan excluidas las críticas profesionales.

4.º Las críticas habrán de ir firmadas haciendo constar al pie de las mismas nombre y domicilio del autor. No serán válidas las firmadas con seudónimo.

5.º Es requisito indispensable que cada es-

crito vaya acompañado con media entrada, ya sea de platea, anfiteatro o general.

6.º Los nombres de los autores de las críticas premiadas y sus trabajos, si su brevedad lo permite, serán publicados en la prensa diaria de Barcelona.

7.º El Jurado estará integrado por los redactores cinematográficos de «La Vanguardia», «El Noticiero», «La Publicitat», «Mirador» y «POPULAR FILM».

8.º El presente Concurso terminará el domingo día 15 de noviembre, a las doce de la noche, y todas las críticas habrán de ser de-

positadas en el buzón colocado al efecto en el vestíbulo del Coliseum.

9.º La decisión del Jurado se hará pública lo más tarde a los seis días de terminado el Concurso.

10. La entrega de premios se hará en el Coliseum en sesión matinal de honor, un domingo por la mañana que se anunciará oportunamente y a la cual podrán asistir todos aquellos participantes en el Concurso que aun sin opción al premio se hayan distinguido por el valor de su crítica, para lo cual recibirán la oportuna invitación.



La presentación de la primera película parlante rusa «El camino de la vida» ha provocado en Alemania una sensación extraordinaria. En Berlín no se habla de otra cosa.

Amigos y enemigos del régimen soviético están dando rienda suelta a su entusiasmo por este film ruso. Es la primera vez que una producción de la Rusia soviética provoca la admiración de los enemigos.

Hay que convenir en que este film, además de sus altas cualidades artísticas, encierra en sí una lección de humanidad para el mundo entero. Y precisamente este punto es el que ha motivado el interés de los alemanes.

Recientemente se organizó una proyección de la cinta para los dirigentes de los ministerios alemanes de «Protección a la infancia» y los caudillos de los múltiples partidos políticos. Después de la presentación de la cinta se abrió la discusión, en la que también tomó parte el realizador ruso de la cinta, Nikolai Ekk, que se expresa bastante bien en alemán. Este puso de manifiesto el espíritu del film, negándole toda tendencia revolucionaria, ya que se había limitado a dar a la pantalla un hecho real, un experimento hecho con los juveniles delincuentes de la Rusia soviética, experimento que se vió coronado por un triunfo en el sentido educador, ya que los desheredados de la fortuna, la escoria de la sociedad en todos los países, carne de presidio y de horca, se han redimido, se han regenerado por sí mismos gracias al trabajo libre.

Si se quiere admitir un símbolo, pudiera decirse que la corrección de estos infortunados seres no reside en el látigo, sino en la dulzura.

Y es tal la impresión que este documento dramático y real, filmado en Rusia, ejerce en el alma del espectador, que un buen número de diputados del Reichstag preparan interesantes interpellaciones en las Cortes alemanas sobre una reforma radical en lo que a la niñez desamparada concierne.

Insólito decir que el Cine Mozartsaal de la Nollendorfplatz, en donde se proyecta «El camino de la vida», se ve a diario de bote en bote. El público todo, sin distinción de clases ni de partidos, prorrumpe en cerradas ovaciones no sólo al final, sino en ciertos pasajes de la película.

Como se ve, el Arte Cinematográfico de los rusos de hoy, ha logrado atraer la atención del mundo entero hacia la Rusia de los Soviets, tan combatida a ciegas por los que se imaginan un bolchevique con un par de bombas en el bolsillo y un cuchillo entre los dientes.

¿Quién se atreverá a negar el poder y la buena influencia del Arte Cinematográfico sobre los pueblos todos?

La pasada semana ha sido abundante en estrenos, si bien las producciones no acusan nada a su activo en cuanto a cualidades artísticas, en cambio el público se divierte con estas «astrakanadas». Predomina aún el género de cuartel.

Una película de la veterana de la pantalla, Henny Porten, titulada «24 horas de la vida de una mujer» ha sido muy bien acogida por el público, lo que prueba que el género dramático no ha muerto ni mucho menos.

La película de viajes y aventuras de la ex-

celente actriz Ellen Richter, especialista en este género, «La aventurera de Túnez», ha obtenido un exitazo en el Ufa-Theater am Kurfürstendamm, tanto por el asunto y los múltiples y espléndidos paisajes como por la alegre y ajustada interpretación de los artistas.

Merece también especial mención la película «¿Quién toma el amor en serio?», que se ha

estrenado en el Atrium, con un lisonjero éxito.

La prensa del ramo toda se ocupa activamente de las dificultades que encuentran los cines en Alemania para formar programas normales y busca una fórmula conciliante, apelando a la iniciativa de los productores. Se trata de obtener un género de películas cortas (entre 600 y 800 metros) para substituir las de dibujos animados, que, si bien en un principio obtuvieron un exitazo extraordinario, hoy ya el público se ha cansado de ellas, y las rechaza.

Los productores no se deciden aún a tomar medidas, pues pretenden que estas cintas cortas cuestan caras en relación con lo poco que por su alquiler se paga.

ARMAND GUERRA

Berlín, 18 octubre 1931.

DESDE PARÍS

Psicología de algunos artistas de cine

El artista que se halla perdido en una babel moderna, sin contrato o, lo que es peor, sin esperanza de conseguir papel en las producciones futuras, es el más sencillo y modesto de los amigos: saluda a todo el mundo afectuosamente, inicia en el acto charlas sin importancia con el solo objeto de pasar el tiempo y hasta ofrece de vez en cuando sus cigarrillos para hacerse más simpático. Da gusto verle cómo rodea con sus brazos vuestro cuello y os invita a pasear por los caminos enarenados, lleno de optimismo y afirmando con un «sí, sí», o un «cierto», todo cuanto decís aunque sea absurdo...

Así gana con rapidez vuestra confianza, hasta el extremo de que a los pocos minutos, después de preguntaros si os duele la cabeza porque lleváis la mano a la frente para mirar de-

fendiendo a los ojos del sol, o si la carta que acaba de entregaros el «boy» trae ya el sello definitivo de la República, os pide veinte francos prestados que necesita para dar de propina a la «madame des loges»—no se atreve a decir que está en ayunas—, y se los dáis como satisfechos de ascender a la categoría de acreedores, aunque sea de los que no cobran jamás.

Si, por fortuna, a los pocos días, recibe nuestro hombre una llamada de la dirección para decirle que trabaja en la próxima película, entonces cambia por completo de carácter: es menos comunicativo, dice buenos días o buenas tardes, sin acercarse mucho, temiendo perder categoría—va camino de ser «estrella», o que le pidáis los veinte francos del préstamo. Si se encuentra con buen humor os saluda militarmente, llevando los dedos al ala del flexible—siempre desde lejos—, como diciendo para engañaros: «dentro de unos minutos volveré»...

Y si firma por fin el contrato y comienza a rodar—ya ha triunfado—, pasea solo por el jardín, con una mano hundida en el bolsillo del pantalón y moviendo la otra ligeramente, la cabeza muy alta para mirar por encima de los árboles, el paso largo y seguro, y una sonrisa fotogénica en los labios... Viste el traje de los domingos y luce un alfiler de brillantes en la corbata—dos cosas que tenía empeñadas—, fuma «Camel», come en el restaurante de los estudios a la hora en que está lleno de público para que le vean todos, y ronda después la oficina de los jefes, esperando que al salir le digan algo delante de vosotros; os contesta con monosílabos porque no le da tiempo a volver la cabeza evitando el saludo, y, sobre todo, cree ciegamente que os separa de él un abismo. Cuando nadie le ve aprieta contra su corazón las hojas amarillas o azules del contrato temiendo que se las roben, y piensa emocionado: «¿Qué gran artista soy!»

Pero la suerte que no es pródiga en caricias, le abandona cuando menos lo piensa; vuelve a quedar sin trabajo... Las últimas ganancias apenas han sido suficientes para pagar la tienda y la habitación—ya tenía el equipaje en la escalera—... Doscientas pesetas por una película... ¿Qué hacer?... Pasarán muchos meses sin volver a maquillarse...

No quiere sentirse solo, en medio de la soledad que él mismo se ha buscado y, lentamente, vuelve a vosotros: primero llevando los dedos al ala del flexible, después diciendo buenos días o buenas tardes y, por último, mostrándose afectuoso, como en un principio, para iniciar las charlas sin importancia, para llevaros bajo la fronda del jardín y ofreceros sus cigarrillos—que ya no son «Camel»—, para prometeros, poniéndose serio, que si tiene rôle en la próxima, os devolverá los veinte francos...

Vosotros que sois buenos, perdonáis su anterior orgullo. Y si os lo pide volvéis a prestarle la propina para «madame des loges».

MARIO ARNOLD

sin canas rápidamente con la novísima preparación científica

AGUA COLONIA MISTERIOSA



quita la caspa y evita su caída



• popular film •



Simmy - Fox

De Ramón Casadevall
A la encantadora Pepita Roca

I

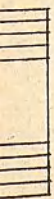
Lento

The musical score is written for piano and consists of five systems of staves. Each system has a grand staff with a treble and bass clef. The music is in a slow tempo, indicated by the word 'Lento' at the beginning. The notation includes various chords, single notes, and rests, with some measures containing dynamic markings like 'f' (forte) and 'p' (piano). The key signature has two flats (B-flat and E-flat), and the time signature is common time (C).

PREPARE SU AGUA DE MESA
CON LAS INSUSTITUIBLES

SALES LITÍNICAS DALMAU

Roca



AU



DOROTHY BURGESS
Actriz de la Universal -

Ayuntamiento de Madrid

La máscara burlona de Robert Montgomery

por CARMEN DE PINILLOS

SUCEDIÓ que Robert Montgomery se hallaba en uno de sus momentos serios.

Tiene a veces estas ráfagas de seriedad... como usted y como yo, y cualquier hijo de vecino... pero no hace gala de ello ante la gente. Desde su llegada a Hollywood su «sans souci» y su alegre desparpajo han hecho las delicias de la colonia del cine. Estas características son inherentes a la personalidad de Montgomery; pero nadie debe permitirse dudar de que adolece también de sus momentos serios.

El día a que nos referimos aparecía ataviado en

un terno de americana azul oscuro, corbata cuidadosamente anudada y un sombrero de suave fieltro gris. No correteaba de acá para allá en pantalones blancos y sweater de vivos colores, con la raqueta metida bajo el brazo: estaba sentado en su cuarto de vestir en los estudios. Créalo usted o no, el hecho es que estaba positiva-

mente quieto, fumando un cigarrillo, y con calzado de calle en vez de los zapatos de cuero entretejido o de cáñamo que usa para el «tennis».

Su camerino dice a gritos que pertenece a Bob. Nadie podría confundirlo con el de Clark Gable o el de Lawrence Tibbett o Ramón Novarro. No necesita placa en la puerta para proclamar su identidad.

Cualquiera que conozca al alegre Bob reconocería sus lares inmediatamente.

En cierta manera, la estancia donde pasa mucho tiempo una persona adquiere algo de la psicología del dueño. El camerino de Robert Montgomery es el más ordenado del estudio. Todo tiene su sitio especial y cada cosa está en su sitio. Puertas artesonadas en un costado del aposento se corren sobre sí mismas dejando a la vista hileras de trajes, abrigos y «sweaters» ordenadamente colgados. Un cajón secreto, que se tira de la parte inferior del diván, muestra al abrirse una colección de zapatos de toda clase, brillantes de limpios. Este cajón para el calzado fué una de las ideas de Bob.

Los dominios de Bob en los estudios constan de dos cuartos y un baño de lluvia... privilegio este último que obtuvo el actor cuando recibió el espaldarazo de estrella. Los muros son de fresco tono verde; y los frisos color de marfil. Los muebles son cómodos y sencillos.

Vense hileras de pequeños elefantes formados sobre las mesas, las repisas y los estantes. Hay ceniceros por todas partes, y

cajas llenas de cigarrillos. Y libros, docenas de libros.

La estancia entera es juvenil y alegre y aseada como Bob. Sobre el tocador, sin embargo, pende una horrible máscara, de mueca burlona y pelo colorado... una simple máscara que no es retrato de nadie, pero que parece morarse de sus alrededores. A Montgomery le gusta esta máscara. La encontró Dios sabe dónde y la llevó a su camerino en los estudios.

Estaba sentado, como decíamos, en una silla baja, cruzadas sus largas piernas y fumando con aspiraciones lentas y deliberadas. El teléfono sonaba iracundo; éste o aquel golpeaban la puerta, gritaban algo o traían telegramas o paquetes. Bob saludaba a todos con su alegría consabida, volviendo luego a sumergirse en su gravedad y en su silla.

«¿Qué vida!», suspiró de repente. «Muchos creen que los actores nos la pasamos maravillosamente. Bueno; a menudo es así. Pero, comparada con la nuestra, las carpas tienen más independencia en su pecera de cristal. Me siento siempre en exhibición. Y lo peor del caso es que me agrada esta existencia! Es de lo más curioso. Se queja uno de que envidia a la gente fuera de la profesión por aquello de que pueden entrar y salir y comer y bailar sin que nadie lo eche de ver... pero en el fondo sabemos muy bien que nos moriríamos de pena si nos faltara esa atención. Se nos adentra el microbio en la sangre...»

Bob sonrió al hacer esta declaración. Después de todo, no tiene sino veinte y pico de años... y características humanas.

Ello explica la máscara burlona que conserva en su mesa tocador. Está resuelto a no tomarse por lo

Robert Montgomery en «Shipmates», la película que lo elevó a la categoría de «estrella».



serio. Se ríe de sí mismo y continuará haciéndolo así. Pero toma todo lo demás en serio... especialmente su trabajo.

Cuando vino por primera vez a Hollywood, la Metro Goldwyn Mayer le dio partes en una y otra producción, a veces en dos o tres al mismo tiempo. Pasó de primer galán con Norma Shearer a un papel insignificante en una comedia de Buster Keaton. ¿Qué se quejó? Ni por pienso.

«Mientras más aparezca en la pantalla, más gente me conocerá, y yo saldré ganando», fué su comentario.

Bromea y se ríe y es el alma de las distracciones en el escenario, pero siempre se sabe al dedillo su papel y siempre llega a tiempo al estudio. Jamás necesita el director o sus atareados ayudantes corretear en busca de Bob cuando debe entrar en escena. Allí lo encuentran puntualito esperando su turno.

Robert Montgomery no habla de sus ambiciones ni de sus planes. Sigue su camino, riéndose mucho y pensando mucho. Jamás se irrita ni se vuelve «temperamental». Aun a su llegada por primera vez a Hollywood, con la legión de gente del teatro que acudía en busca de la mina de oro de la película hablada, cuando tuvo que soportar los desaires y desdenes de la exclusiva colonia del cine, Bob no hacía sino sonreír y callarse.

Jamás criticó las costumbres de Hollywood, por más extrañas que entonces le parecieran. No se daba aires de sabihondo, por haber venido de los escenarios del Broad-

way. Mantúvose en silencio, escuchando las indicaciones que se le hacían y aprendiendo aquella técnica de la pantalla tan completamente ajena para él, sin perjuicio de mostrarse afable y complaciente con todo el mundo. Y pronto surgió entre los pocos que lograron llegar a la cumbre.

Ahora, instalado cómodamente en su camerino, habla de aquellos tiempos con una sonrisa. Admite francamente, sin embargo, que muchas veces sintió la tentación de echarlo todo a rodar, hacer sus baúles y regresarse al teatro... No tenía muchos amigos, frecuentando solamente a sus antiguos camaradas y amistades de Nueva York: Elliot Nugent, Chester Morris y otros. Entonces, como ahora, escondía sus tristezas y aprensiones bajo una máscara de alegría y desparpajo.

En una palabra, atúvose al sentido común, y triunfó.

«Me he convencido de que no debe entusiasmarse por nada, sino tomar las cosas como vienen», musi-

tó Bob, eligiendo un nuevo cigarrillo en el palanquín del lomo del elefante de porcelana sobre la mesa que tenía al lado. «Dos años enteros me pasé soñando con irme de vacaciones a Nueva York. Luego, ¿quiere usted creerlo? cuando se realizó el ansiado viaje, pesqué un fuerte resfriado en el tren, que se convirtió casi en un ataque de influenza; de manera que hube de quedarme en casa todo el tiempo, oyendo el bullicio de Broadway bajo mis ven-

tanás... Desde entonces he resuelto no hacer nunca planes con anticipación.»

Sonó otra vez el timbre del teléfono. Alguien llamó a la puerta. Bob se sonrió, asumiendo su careta habitual. Dijo bromas por teléfono. Contestó con su característico desparpajo a la persona que estaba en la puerta. Gritó tres o cuatro piropos a Joan Crawford que pasaba delante de sus ventanas. Luego desapareció por un momento y regresó trayendo a rastro a Reginald Denny. La comedia había comenzado.

Sobre el tocador, la horrible máscara contemplaba con su estereotipada mueca las modalidades de su dueño. Y Bob le retornó la mueca.



Señoras HERNIADAS

La HERNIA es menos frecuente pero más temible en la mujer que en el hombre. En estos casos, es de necesidad imprescindible el empleo de aparatos especiales que reteniendo y reduciendo la hernia no torturen la naturaleza de la enferma. Además, estos aparatos tienen que ser ligerísimos y no abultar nada. Solo el novísimo aparato HERNIUS especial para señoras reúne estas ventajas bajo la firme garantía de que se devolverá su importe si por rara casualidad no da satisfacción completa. Fajas y corsés médicos para todos los casos. Regalamos el tratado "GUÍA DEL HERNIADO". Consultas gratis de 10 a 1 y de 4 a 7. Festivos de 10 a 1.

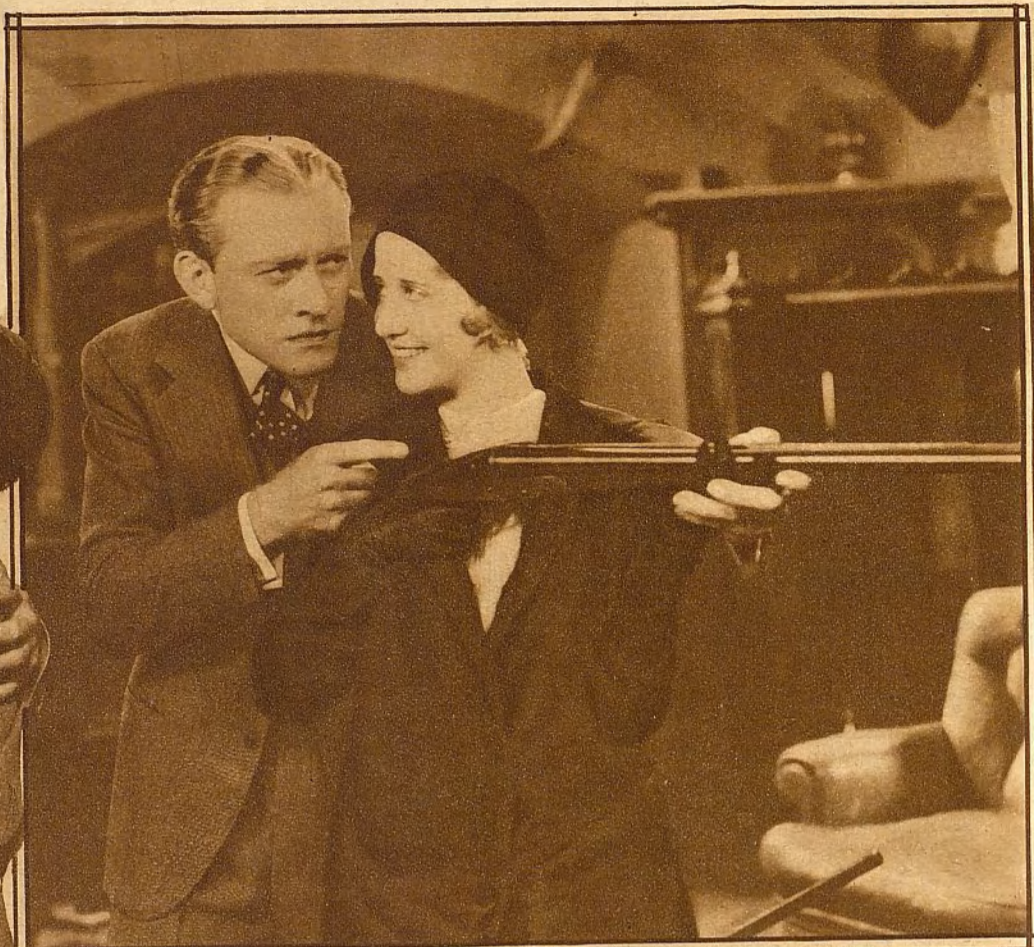
Gabinete Ortopédico "HERNIUS"

(Salvación del Herniado)
Aragón, 277, entlo. 2.ª - Teléfono 76850
(frente Apadero Paseo Gracia) - BARCELONA



Robert Montgomery posee entre otras habilidades la de ser un buen conductor. En su automóvil, Robert huye siempre que puede, a enormes velocidades, del ajetreo de los estudios de la M-G-M.

Tres grandes films de la UNIVERSAL



Genevieve Tobin y Conrad Nagel que aparecen como principales intérpretes de **SUBLIME SACRIFICIO**.

Genevieve Tobin

y

John Boles

destacados

intérpretes

de

SEMILLA



Una escena de la película **ACUSADO**, interpretada por Genevieve Tobin y Lewis Ayres.



Apuntes de escenas de la película Paramount "Marruecos" y de su protagonista Gary Cooper, hechos por Les.

Sam Taylor, director de grandes "estrellas"

SAM TAYLOR empezó a escribir obras teatrales a la temprana edad de diez años. Cuando se graduó en la escuela había escrito ya «El gran drama americano» como lo tituló. Lo destruyó después y se puso de nuevo al trabajo.

Ha pasado el tiempo, y hoy Sam Taylor es un productor-director de Los Artistas Asociados, en virtud de un contrato por largo plazo con la organización que preside Joseph M. Schenck.

Afirma que la destrucción de su gran drama de los tiempos de estudiante fué una cosa muy acertada. Teniendo en cuenta que Taylor ha dirigido a Harold Lloyd, John Barrymore, Mary Pickford, Douglas Fairbanks y Norma Talmadge en algunos de sus más brillantes éxitos, su resolución debió ser justa.

Significaba que dejaba de lado por quince años sus ideas literarias para adquirir expe-

riencia de la vida. Significaba obstinado trabajo y los cimientos de una carrera.

Taylor conoce todas las fases de la producción de una película. Ha escrito argumentos, ha redactado títulos, ha sido «gagman» (encargado de buscar trucos cómicos o «gags» como se llaman en el argot cinematográfico), ha cortado películas y ha actuado de director. Escribe siempre los argumentos de sus films, los dirige y efectúa por sí mismo el «deconpage». La última obra del enciclopédico Taylor es «Du Barry, mujer de pasión», presentada ya a nuestro público. Su anterior película para Norma Talmadge fué «La mujer disputada».

Es el único director que ha dirigido conjuntamente a Douglas y a Mary, los célebres esposos, en su común producción «La fierecilla domada». Después de conquistar fama como director de películas cómicas, dirigiendo las de Harold Lloyd, viró en redondo y realizó un drama del vigor de «Tempestad», que tan magistralmente interpretó John Barrymore. Después, con sorprendente versatilidad, rodó una película basada en una obra de Shakespeare, o sea la antes mencionada, «La fierecilla domada».

La vida de Taylor está llena de contrastes y paradojas.

Con igual facilidad, también, que rodó un film basado en la guerra en el centro de Europa, ha rodado otros basados en la vida moderna norteamericana. Esta asombrosa mescolanza espectacular de comedias de Harold Lloyd y dramas como el de Barrymore, afirma a Taylor como un director de nuevo tipo, joven, versátil, y seguro de su arte.

Su edad no llega a los cuarenta años, tiene el tipo clásico de intelectual, con un rostro flaco e inteligente, pelo prematuramente gris, reposados ademanes y temperamento estudioso. Ni en el modo de vestir ni en su trato afecta la menor presunción.

Es oriundo de Mount Vernon, Estado de Nueva York. Su padre era agente de seguros y su abuelo fabricante. No hay dato alguno que revele temperamento artístico en sus antepasados inmediatos, pero sus hermanos de muestran poseer el mismo talento dramático que él. Son estos, Malt Taylor, novelista muy conocido, y Augusta, profesora de baile que cuenta con muchos alumnos en Nueva York. El padre de Sam tenía recursos suficientes para la educación de sus hijos y éste cursó sus estudios en el Fordham College, donde se graduó de bachiller en artes en 1915, el mismo año que hizo pedazos el manuscrito de «El gran drama americano», en el que había trabajado meses enteros.

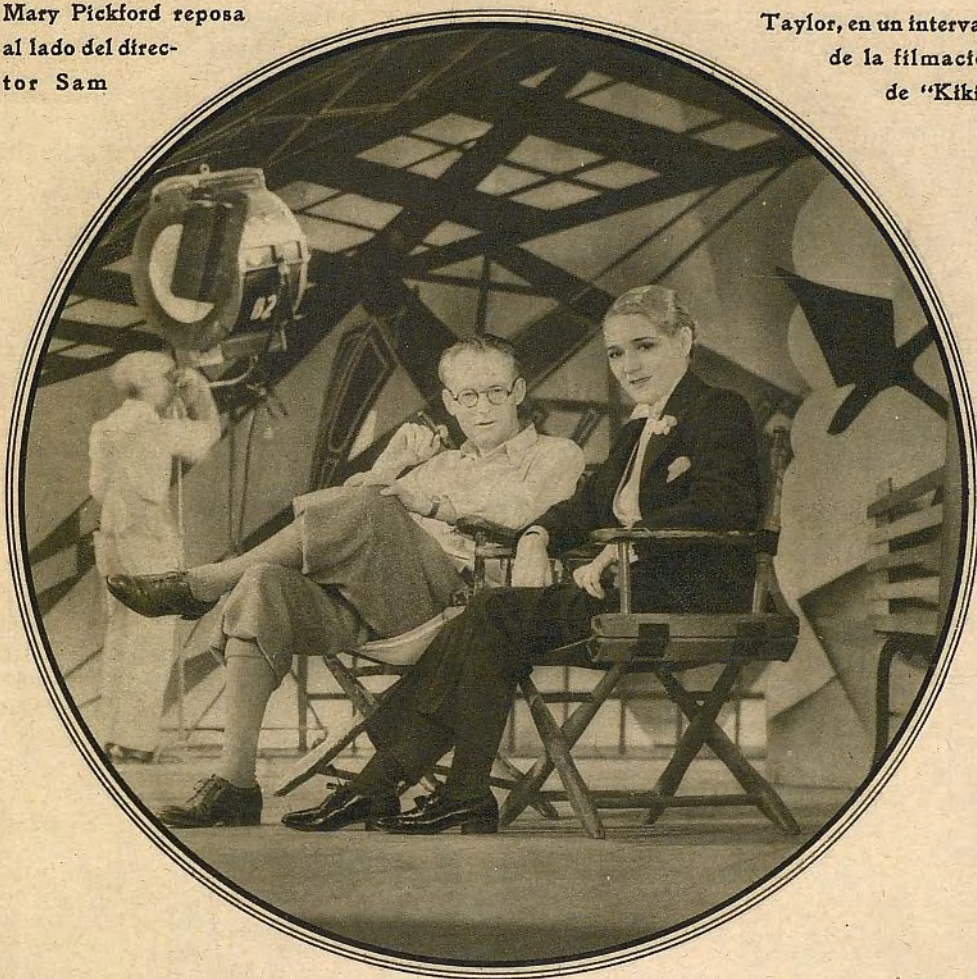
Creyendo que las películas le ofrecían ancho campo para desarrollar sus aptitudes creadoras, cursó estudios superiores de arte dramático en la Universidad de Columbia. Por las noches podía vérselo siempre en Broadway, estudiando el ambiente, la gente, las producciones teatrales y cinematográficas, etcétera.

Por fin empezó a trabajar. Su primer paso en la cinematografía consistió en un empleo entre el personal de los estudios de la antigua Kalem Company. Escribió unas comedias todavía recordadas por un salario de 50 dó-

**N o r m a
T a l m a d g e
con Conrad
Nagel, su
galán en
"Du Barry,
mujer de
pasión".**



Mary Pickford reposa al lado del director Sam



Taylor, en un intervalo de la filmación de "Kiki".

mática escrita en el colegio «porque era lo que procedía hacer». Puede él no creer en sí mismo, pero sus más leales admiradores tienen la seguridad de que llegará a escribir el gran drama americano que un día quiso hacer. Estos leales admiradores son su esposa y sus hijos.

Vacaciones de estrellas

PAULINE GARON, la joven «vedette» franco-canadiense de «Le Spectre Vert» y de «Jaque al rey», está pasando actualmente sus vacaciones en Francia. Llegada a París de Nueva York, después de una semana de permanencia en la capital de la vecina República, ha ido a pasar el resto de sus vacaciones en la Costa Azul.

Pauline Garon nació en Montreal (Canadá), ciudad donde se educó. Después de debutar en el teatro, fué presentada por su amiga Lillian Gish al gran director americano Cecil B. de Mille que la hizo debutar en el cine en una de sus producciones, «La costilla de Adán». Después, interpretó «El piel roja» y «Tarnish», con Ronald Colman.

Al advenimiento del cine parlante, Pauline Garon ha entrado en el campo de la cinematografía francesa con «Le Spectre Vert», de Jacques Feyder.

lares semanales. Continuaba pasando las noches en Broadway, contemplando mejor que participando en su bullicioso torbellino.

Se trasladó a Hollywood. Allí se le presentó la primera ocasión de dirigir una película cuya estrella era un perro llamado «Brownie». Sea que el perro tuviese mal genio sea que Taylor no estaba familiarizado con el modo de realizar las comedias caninas, el caso que terminó la película en muy deprimido estado de ánimo. Fué despedido por la primera y única vez de su vida.

Poco después de este fracaso se unió a Harold Lloyd como «gagman». Este trabajo le era más familiar que el anterior. Había entonces dos notables «gagman» en Hollywood, Ray Griffith, que estaba con Mack Sennett y Chuck Reisner, que estaba con Charles Chaplin. Pronto hubo tres especialistas en buscar trucos cómicos. Taylor era el tercero.

Su asociación con Harold Lloyd tuvo una duración de cinco años. No tardó mucho Taylor en dirigir a Lloyd. Su unión señaló una nueva era para las películas. Bajo la dirección de Taylor, Harold alcanzó una enorme popularidad. Taylor escribía, también, los argumentos de sus comedias. Entre ellas mencionaremos «El hombre mosca», «El mimado de la abuela», «El estudiante novato» y alguna otra.

Aunque Taylor era considerado entonces como un especialista en regocijantes comedias, Mary Pickford vió en él la perfecta combinación de lo ideal con lo práctico. Le invitó para que fuese su director y produjeron «La pequeña vendedora», que señaló la entrada de Taylor en el campo dramático.

Cuando dirigió a John Barrymore en «Tempestad», para los Artistas Asociados, Barrymore afirmó que Sam Taylor conocía más a fondo el arte interpretativo que cualquier otro

director cinematográfico, a pesar de no haber sido nunca actor.

Es el mismo hombre que rompió su preciosa obra dra-



Estrenos
de la
temporada



COCKTAIL DE AMOR.

Revista cinematográfica en technicolor, que presentará esta temporada Artistas Asociados. Producción conjunta de Florenz Ziegfeld y Samuel Goldwyn, basada en la revista teatral presentada por Ziegfeld y que triunfó en el Broadway newyorkino.



Charlot y "Luces de la ciudad"

por RAFAEL GIL

Por segunda vez hemos visto, «Luces de la ciudad». La primera fué en la primavera pasada en un elegante salón de estreno: en el Cine de la Opera.

Y ahora, en un local populoso, de dimensiones extraordinarias, enclavado en uno de los barrios más típicos de Madrid: en el Monumental Cinema.

Esta nueva visión — y más aún su contraste con la primera — nos ha sugerido ciertas consideraciones.

Hélas aquí:

Mister Spencer y Charlot

En un mismo barco llegaron de California mister Spencer y Charlot.

El primero, con sus cabellos grises y su sonrisa de gentleman, recorría los salones y pasillos de la nave entre aplausos y frases de admiración. Y el segundo, Charlot, reposaba mientras tanto en una caja de hojalata, sin más

preocupación y trabajo que limpiarse las motas de polvo que caían sobre su genial chaquet.

Mr. Spencer y Charlot desembarcaron en el mismo puerto, y recorrieron luego, casi, las mismas naciones.

Y sus vidas se desarrollaron lo mismo que a bordo: Mr. Spencer rodeado de aplausos y halagos, y Charlot recorriendo todas las ciudades solitario, cegado por los resplandores de sus focos.

Todos los escritores y periodistas se han ocupado de Mr. Spencer. Unos con reportajes, otros con crónicas y, la mayoría, con conversaciones imaginarias nacidas en la mesa de su despacho.

Pero donde él iba, tenían, por fuerza, que acompañarle unas cuartillas y la cámara fotográfica.

Que Mr. Spencer se bañaba: En la playa le esperaban los reporteros.

Que ha sonreído a una

muchacha alemana: Los cronistas afilan gozosos los lápices y empiezan a fraguar un nuevo capítulo amoroso.

Que va a los toros. Y que le gustan, por más señas: en seguida se difundió la noticia de que la próxima película de Charlot será de ambiente taurino...

Y, mientras tanto, Charlot no mete más ruido que el que produce el inoportuno pito que se tragó en una noche de orgía.

Y no es que el público no haya ido a verle. No. Lo que ocurre es que en seguida se olvida de que lo ha visto. Y el eco de sus aplausos se pierde de pronto... Y suena luego, con más fuerza, ante la figura de Mr. Spencer.

Mr. Spencer ha desbancado por esta vez a Charlot.

Y ha ocurrido esto, porque el público creía — y quería — ver a Charlot «de carne y hueso».

Y los que crean haberlo visto están en un gran error. Nunca podrán ver

a Charlot de «carne y hueso». Charlot es luz. Y esa luz no se refleja más que en la pantalla y en el alma.

Los dos públicos

Cine de la Opera: «Luces de la ciudad».

y suponemos que no tan satisfecho de que les acompañe el director Mervy Le Roy.

Sala elegante, acogedora; tan acogedora que lo que en ella entra ya no quiere salir de allí. Por eso se respira aún en el salón ambiente de otras épocas, de hace años: de «Los tres mosqueteros», de «Charlot en dos partes», de Douglas Fairbanks con cara de melocotón...

La pantalla es pequeña. En ella Charlot se mueve con familiaridad. Siempre que ha venido a Madrid se ha hospedado en la misma tela. Sin embargo, de cuando en cuando, mira al público... y no le gusta; está muy bien vestido, es elegante, y su traje — cada día más raído — no es apropiado para presentarse en esos lugares.

El público ríe. Pero lo hace mecánicamente. La risa no les sale del alma. No es risa, es ruido.

Faltan ya pocos minutos para terminar. Charlot y Virginia Cherrill se miran sonriendo; sus ojos, indagan y profundizan en sus almas... y FIN.

Un ¡Ah! desolador acoge el letrero. ¡Qué tontería! ¡Vaya final! ¡Qué cosa más ridícula!

Y todo esto, y algo más, tenemos que oírlo en los momentos en que unas lágrimas se asomaban en nuestros ojos para consolar a Charlot.

Monumental Cinema: «Luces de la ciudad».

Un local enorme. Dentro de él se cobijan cerca de cinco mil espectadores.



Charlot encantado de tener junto a él a una mujer tan hermosa como Thelma Todd

OROCREMA

JABON DE ALMENDRAS

¡Tantas fórmulas de belleza que usted habrá leído y aun probado, y tan fácil y a mano como tiene una, sencilla, económica e infalible!

El uso constante en el baño y en el tocador, propio y de los suyos, del famoso jabón

OROCREMA

de pasta de almendras, glicerina y aceite de coco.

¡No olvide que se imita!

LOS PERFUMES DE TASARA ALFONSO XII, 11 BADALONA

En los anfiteatros, en el patio de butacas, en los palcos... se mezclan todas las clases sociales y todas las edades. Hay impaciencia.

«Charlot, en «Luces de la ciudad». Una ovación. Todos aplauden y algunos, para hacer más ruido, creyendo que de este modo exteriorizan mejor su entusiasmo y admiración, silvan y patean.

Y empiezan a reír. ¡Y cómo ríen! ¡Y cómo reímos!!! Las carcajadas atruenan. Brotan espontáneas del silencio. Charlot está como nunca: se encuentra en su medio. Corre con más ligereza, burla a los guardias a cada momento, y reparte puñetazos a su contrincante con una habilidad que maravilla.

Y reímos, reímos sin descanso.

Parece que estamos asistiendo al verdadero estreno. Para nosotros, por lo menos, es una película nueva, casi distinta de la que habíamos visto meses antes.

Y es que el público—inocente, casi infantil—está en contacto directo con la pantalla, y se ha establecido entre ambos una corriente espiritual.

Se acerca el final. Llega. Y el público protesta. ¡Han cortado! ¡Han cortado!... gritan con toda la fuerza de sus pulmones.

Tenéis razón: han cortado. Vosotros habéis comprendido el final sublime de «Luces de la ciudad»; vosotros no decís que ese final es una tontería, ni una cosa ridícula; vosotros lo que aseguráis es que han cortado la película de pronto.

Pero ya sabéis que en la vida ocurre lo mismo. ¿No os ha pasado a vosotros? ¿No habéis sentido alguna vez algo raro que parecía cortaros la existencia?

Fínal

No es que vayamos a contaros el final de «Luces de la ciudad». Todos lo conocéis. Solamente escribimos, para desahogarnos, unas líneas describiendo una escena; una escena que engendra ese final tan discutido.

Charlot ha salido de la cárcel. Es un Charlot más puro, más estilizado que el que acostumbramos a ver. Su traje está deshecho, lleno de desgarrones. Ha perdido el junco. Y la corbata. No le queda ni un botón, y se sujeta los pingajos con alfileres.

Y muy despacito recorre la ciudad.

Unos golfillos—tal vez sus próximos sucesores—se burlan y ríen de él. Le insultan y le tiran chinias y majuelas.

Charlot les mira con tristeza. Y les señala extendiendo su brazo.

Es ese brazo minúsculo, flaco y corto, nos señalaba a todos. A todos que diariamente nos encontramos con Charlot y nos burlamos de él.

La impresión de esta escena no se nos borrará jamás. Y, al abandonar el cine, nos encontramos de pronto frente a la ciudad.

Nos internamos en ella. Nos deslumbraban sus luces. Andábamos despacio, como si buscásemos a alguien... Si; buscábamos a Charlot.

Y lo encontramos. Nos cruzamos con él varias veces en el laberinto que tejía la multitud.



En el óvalo Maurice Chevalier con Rosita Díaz y Carmen Navascués, en una escena del "sketch" español "El cliente seductor".

Abajo, Chevallier con Imperio Argentina y Carlos M. Baena en otra escena del mismo "sketch" realizado por la Paramount en Joinville.



PEREZA

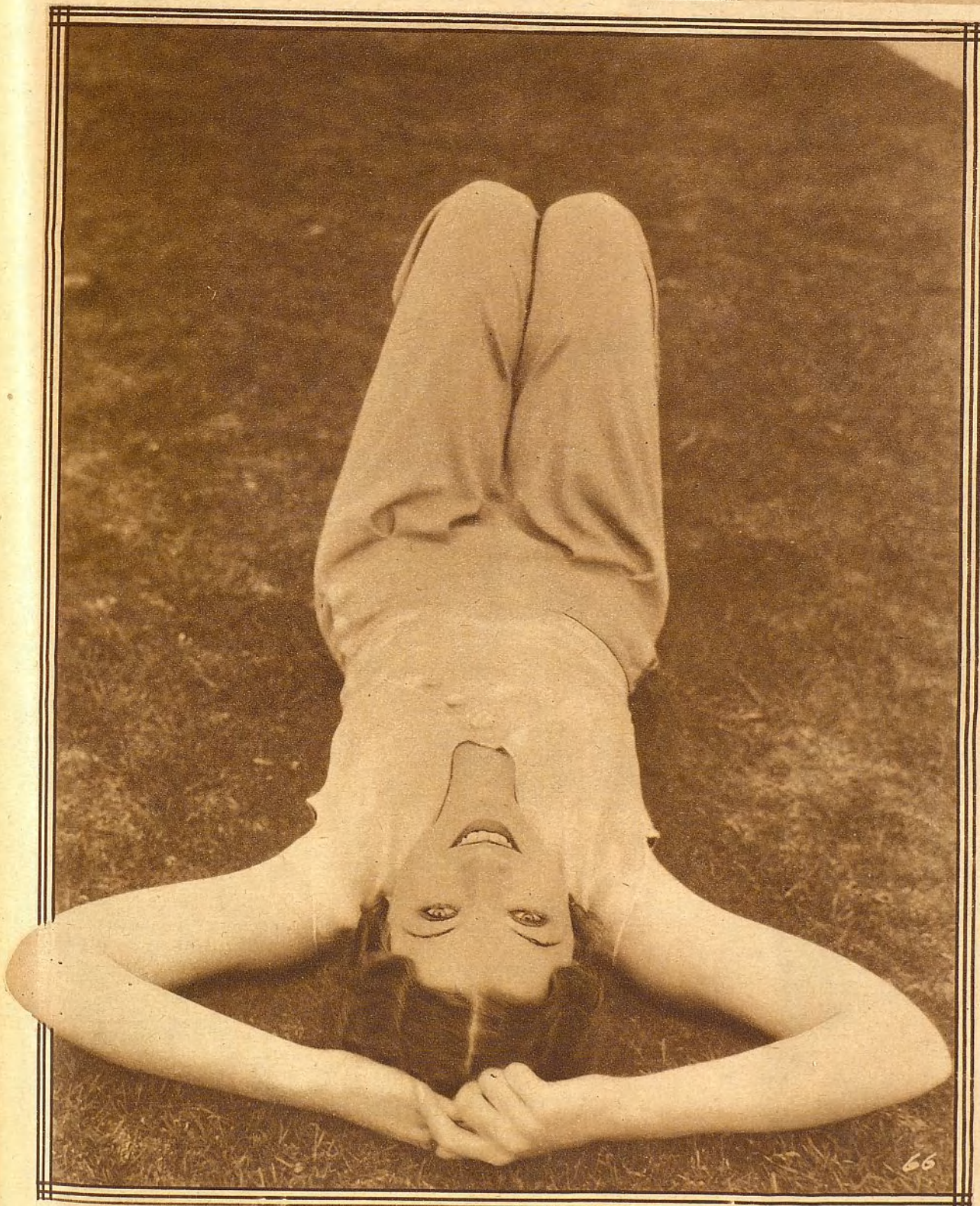
MYRNA LOY ha tenido el capricho de plasmar la Pereza. Y lo ha hecho arbitrariamente, trastornando las leyes clásicas por que se rige la escultura.

En este sentido, la preciosa actriz de la Fox es una revolucionaria. No sabemos que a ningún escultor moderno, de los que pretenden rebasar los moldes clásicos y dar al mármol y al bronce una novísima armonía estética, se le haya ocurrido simbolizar la Pereza del modo que lo ha hecho la bellísima Myrna.

Su actitud es sin duda de pereza, de la pereza que siente una mujer actual, que cultiva intensamente los deportes. La pereza de Myrna Loy es acrobática. Y tiene, indiscutiblemente, un gran encanto.

Claro que un Praxiteles, que un Fidias e, incluso, un Rodin, se alarmarían ante una escultura que pretendiese simbolizar la Pereza en la postura que lo ha hecho la gentil artista yanqui. Pero esto no significa que no resulte expresiva y de una gran belleza.

Hoy se admite, como documento artístico, esa serenidad estética que



los griegos daban a sus esculturas. Concebimos, también, que sus mármoles y bronce copiaran las formas de sus grandes cortesanas y aun que deificaran a algunas de ellas y construyeran templos en su honor. Y, sin embargo, nos damos perfecta cuenta de que la estética de nuestro tiempo es completamente distinta al de la época de Friné y de Aspasia.

Ética y estética son una resultante de cada época; se ajustan estrictamente a las costumbres y exigencias de cada siglo. El nuestro no es estático y contemplativo, sino dinámico y agitado.

Por eso la Pereza que plasma Myrna Loy en esta fotografía, tiene mucho de acrobacia, de movimiento, de inquietud espiritual, de tensión muscular.

No en balde estamos en el siglo de las grandes velocidades, en la época del avión, de la radio, del cinema sonoro.

Si en tiempo de las cortesanas de Corinto hubieran existido esos enormes pájaros de acero que se lanzan por el espacio, sobre los mares y las montañas, sobre las nieves polares y las arenas del desierto y estas fotografías que tienen movimiento y voz, la moral y la estética de los filósofos, escultores y poetas de la vieja Grecia habría sido muy distinta.

Myrna Loy, en su Pereza, es el reflejo más vivo y más bello de este siglo que va remontando sus horas y sus días agitadamente.

GAZEL

ANIMADORES
DE LA PANTALLA

FLORENZ ZIEGFELD

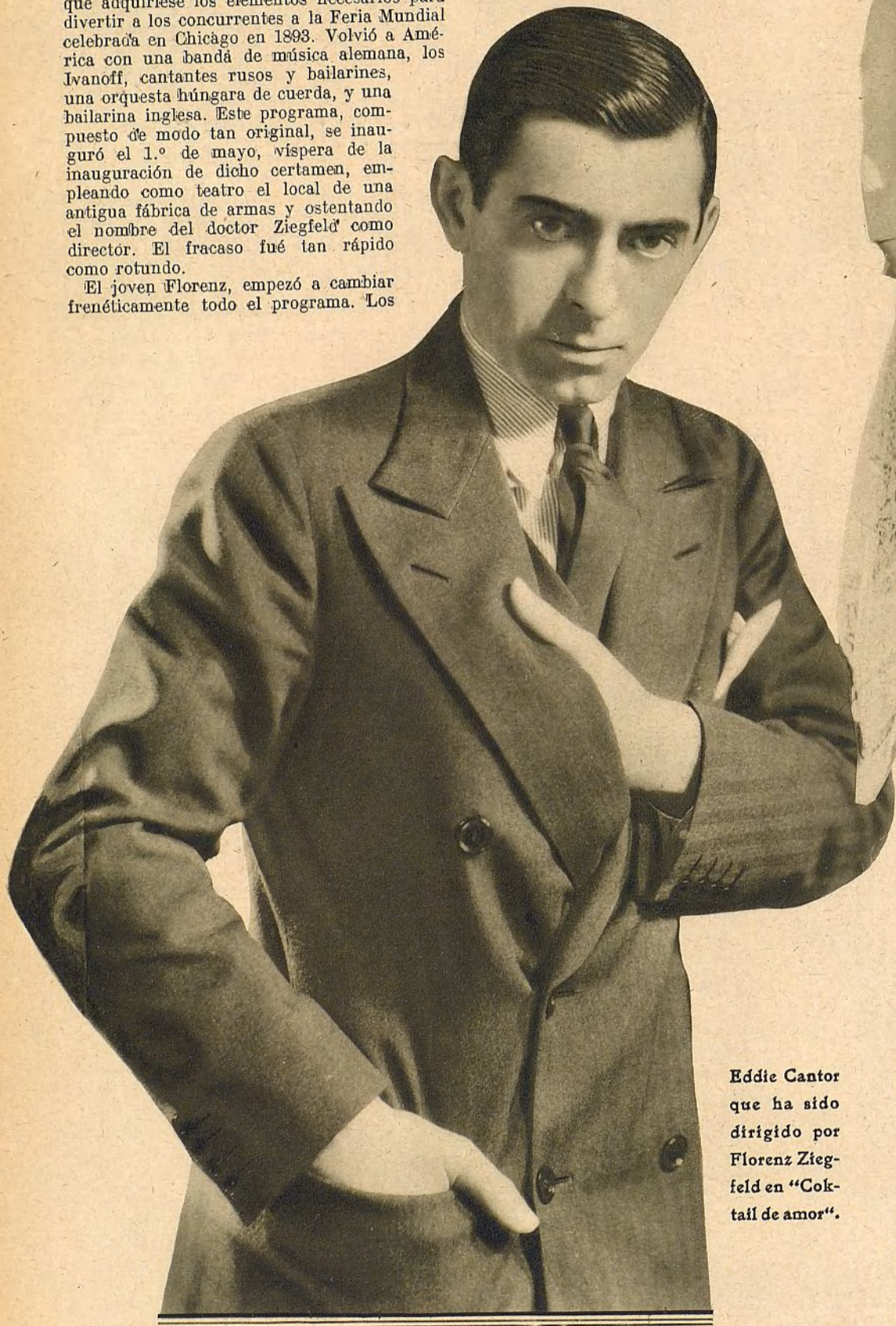
FLORENZ ZIEGFELD, Jr., ha realizado en Hollywood con la versión cinematográfica del éxito teatral de Eddie Cantor «Cocktail de amor» («Whoopee»), y en colaboración con Samuel Goldwyn, el esfuerzo más audaz de su carrera que empezó cuarenta años ha en Chicago, su ciudad natal.

Favorecido por la reputación de su padre, Florenz Ziegfeld a los veinticuatro años había hecho muy poca cosa por sí mismo. Además de dirigir el famoso Chicago Musical College, el doctor Florenz Ziegfeld presidía el Jurado musical de esta ciudad, y quiso emancipar a su hijo de su trabajo en el teatro y en el vodevil para que presentase un espectáculo de mayor altura.

El joven Florenz fué enviado a Roma para que adquiriese los elementos necesarios para divertir a los concurrentes a la Feria Mundial celebrada en Chicago en 1893. Volvió a América con una banda de música alemana, los Ivanoff, cantantes rusos y bailarines, una orquesta húngara de cuerda, y una bailarina inglesa. Este programa, compuesto de modo tan original, se inauguró el 1.º de mayo, víspera de la inauguración de dicho certamen, empleando como teatro el local de una antigua fábrica de armas y ostentando el nombre del doctor Ziegfeld como director. El fracaso fué tan rápido como rotundo.

El joven Florenz, empezó a cambiar frenéticamente todo el programa. Los

primitivos actos de la obra fueron reemplazados por otros nuevos. El nombre de su padre desapareció de los carteles, y prosiguió los ensayos noche y día. La obra mejoró y pareció ser acogida menos friamente por el público. El hijo del doctor Ziegfeld hizo un rápido viaje a Nueva York, y regresó con el célebre atleta alemán Sandow que entonces estaba en pleno fracaso en Manhattan. Sin embargo, en Chicago las cosas cambiaron para este último. Su llegada allí fué precedida de una campaña periodística. Sus hazañas de Hércules realizadas bajo extrañas circunstancias llamaron pronto la atención de la ciudad, afanosa de divertirse. La primera representación fué un éxito y todas las sucesivas, hasta que más



Eddie Cantor
que ha sido
dirigido por
Florenz Ziegfeld
en «Cocktail de amor».



Marilyn Miller
a la
que Ziegfeld
dirigió
en «Sally».

adelante realizó Ziegfeld una jira artística con su obra que incorporó al circo de los hermanos Ringling. La llegada de Sandow era siempre esperada en todas las poblaciones por una multitud expectante, y este atleta pronto constituyó la mayor atracción de los espectáculos al aire libre, debido a los métodos empleados por su nuevo «manager».

Cuando al fin perdió su popularidad por cansancio del público, Ziegfeld se fué de vacaciones que decidió pasar en Europa. Estaba hastiado de hombres-cañón y de circos, deseaba diversiones. Las grandes salas de concierto de París, Londres y Berlín se las procuraron. En París vió por vez primera a Ana Held. Su sorprendente belleza, su gracia parisien y sus

originales maneras fascinaron al joven Ziegfeld, que creyó que fascinarían igualmente al público norteamericano, por lo que se llevó a la artista consigo a los Estados Unidos. El debut de ésta fué recibido muy fríamente por los espectadores, que parecían decepcionados después de la enorme propaganda hecha por Ziegfeld para anunciar su gran descubrimiento. Cuando Ana cantó su cuplet «¿Quiere usted venir a trabajar junto a mí?», el público se mostró muy nervioso e incómodo. El fracaso era inevitable, cuando de pronto un artista que desempeñaba un papel sin importancia que se hallaba en el campo visual de Ana Held mientras ésta cantaba, respondió súbitamente a ésta «Sí» y el público prorrumpió en gozosas carcajadas. El cuplet constituyó un éxito y la artista quedó consagrada ante el público yanqui. Ziegfeld había encontrado una nueva mina de oro y terminó por casarse con ella el año 1896.

Ziegfeld ideó toda clase de trucos de publicidad para mantener constantemente el nombre de Ana Held en plena popularidad. En 1898, estrenó «La doncellita francesa», que reveló por primera vez el talento combinado de la pareja Ziegfeld-Held. Siguió «La esposa de papá» y «La duquesita», que obtuvieron gran popularidad. Ziegfeld se había enriquecido, su fama como productor parecía consolidada, cuando experimentó una serie de fracasos: «Pluma roja», opereta en la que perdió mucho dinero; «Higgledy-Piggledy» retirada inmediatamente del cartel; «Napoleón» un desastre completo. Agotadas sus fuerzas por su febril trabajo y desmoralizado por sus copiosas pérdidas, Ziegfeld vino otra vez a Europa, con su esposa.

En 1906, antes de regresar a Nueva York, se trazó un plan para llenar de nuevo las arcas matrimoniales, y contrató muy ventajosamente la atracción Klaw-Erlanger, cuya fama estaba en pleno período ascendente.

Este hecho pareció marcar el ocaso de la asociación Ziegfeld-Held.

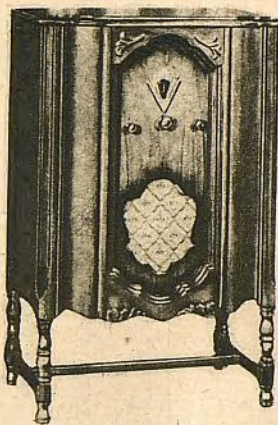
En 1913, Ziegfeld conoció a Billie Burke, entonces estrella de Frohman y muy conocida ya en la escena neoyorquina. Se enamoró perdidamente de ésta y se casaron en medio de la sorpresa del Broadway. Tienen una hija, Patricia, que es el ídolo de su padre.

En aquella época Ziegfeld se asoció con Ned Waybrun, el famoso profesor de baile, y fundaron el «Midnight Frolic», una de las mayores atracciones del Broadway, malograda después por la ley seca. Waybrun representó varias de sus «Follies», siendo la de 1912 la que mayor triunfo obtuvo. En ella participaban los hoy célebres Will Rogers, Gallagher y Shean, Gilda Gray y Mary Lewis, representándose 67 semanas seguidas en Nueva York y 40 semanas durante la gira artística emprendida con la obra.

Al decrecer la popularidad de las «Follies», Ziegfeld presentó en la escena «Sally», cuya estrella era Marilyn Miller, como en la película de este título; «El sastre Botines», por Eddie Cantor; y «Luis XIV», por León Errol. El dinero volvió a afluir a las arcas de Ziegfeld, sólo para volver a desaparecer después de una serie de desastres.

No obstante, se reanimó de nuevo y con la construcción del Teatro Ziegfeld, comanditado por W. R. Hearst y Arthur Brisbane, vemos brillar de nuevo la fortuna del incansable productor. «Río Rita», «Rosalie», «Los tres mosqueteros» y «Show Boat» («El teatro flotante») fueron grandes éxitos teatrales. En 1927 sus «Follies» encontraron por vez primera una «estrella» en el gran cómico Eddie Cantor. En 1928, presentó «Whoopee» en su teatro, con el mismo actor y cantante en primera línea. Esta obra se representó hasta el marzo de 1930, batiendo todos los records precedentes

COLUMBIA



El mayor prestigio en receptores radio.

Chassis de 5, 8 y 9 lámparas.

En mueble y combinado con fono.

URGEN REPRESENTANTES

RADIO-Saturno
Apartado, 501 - BARCELONA

de taquilla registrados por la historia del teatro.

En julio de 1929, firmó un contrato comprometiendo su personal esfuerzo para la producción de películas, en asociación con Samuel Goldwyn. Los films «Su Majestad, la Girl», «El sastre Botines» y «Río Rita», para cuya explotación se hizo sonar mucho el nombre de Ziegfeld, representaban solamente el permiso de usar su nombre y la venta de los correspondientes derechos.

«Cocktail de amor» («Whoopee»), con Cantor como estrella nuevamente, representa su primera participación personal en la realización de una película.



Bebe Daniels, otro de los descubrimientos para el cine sonoro de Florenz Ziegfeld, recibiendo

biendo lecciones de su profesor Otto Morando cuando preparaba su papel de «Río Rita».

MUJERES DEL CINEMA



**ELVIRA
MERLO**

Entre los valores artísticos más puros que se han destacado en el cinema hablado en nuestra idioma, figura Elvira Merlo que acaba de hacer para la célebre editora Warner Bros una cinta en español titulada "La llama sagrada", que será presentada en nuestras pantallas por la importante firma Cinematográfica Almirá.

PANTALLAS DE BARCELONA

ESTRENOS

Coliseum: "Marruecos"

Nos imaginamos a Sternberg trazando sobre el celuloide los versos de este romance de amor y de guerra, que es «Marruecos». Y le vemos preocupado por dar a la imagen la máxima expresión dentro de la mayor sobriedad. Y cuidar el detalle, el matiz para que todo sea fino, bello y ponderado en este film.

¿Ha logrado Sternberg dar la calidad deseada a su obra?

Sí, lo ha logrado plenamente con la ayuda de tres artistas—sus personajes—excelentes. Son estos artistas Marlene Dietrich, Gary Cooper y Adolphe Menjou. Un trío que se con junta—que asonanta diríamos en este romance—estupendamente.

Los intérpretes de «Marruecos» no hacen ademanes ni gestos desmesurados. Aquí todo es leve, claro, gracioso. El drama de tres almas se va desarrollando sin violencias, sin aspavientos. Por eso es más patético, lírico y conmovedor. Sólo que hay que tener el oído muy fino para percibir el verso, todo sencillez y claridad del romance. Y hay muchos espectadores a los que les gusta la prosa, y mejor si es burda.

Marlene Dietrich vive en «Marruecos» una pasión perfectamente humana, una pasión que tiene el magnífico epílogo de un éxodo por el desierto, tras la legión, que acaso camina hacia la muerte. La gran actriz crea en esta producción un tipo de mujer inolvidable.

Gary Cooper anima un legionario que va tomando de la vida, como Don Juan, lo que la vida le pone a su paso, sin preocuparse de que quede atrás roto un corazón. Él no sabe lo doloroso que esto es hasta que se enamora.

Adolphe Menjou completa el terceto. También toma parte en esa pasión con su gesto mundano, su aire displicente de escéptico y su elegancia, espiritual más que externa.

«Marruecos» lleva la marca Paramount y se estrenó el lunes por la noche en el Coliseum.

MATEO SANTOS

Tivoli: "Inspiración"

IGRETA GARBO!

El nombre lo dice todo.

Hace ella al film, no el film a ella.

Así, lo que acontece en «Inspiración», aunque tiene interés en muchas escenas, es lo de menos. Lo de más es Greta Garbo con su arte original, personalísimo, esta vez destacado soberbiamente en un personaje que alguien ha comparado a Margarita Gautier, como se pueden comparar a ella a todas las mujeres enamoradas, aunque su psicología dramática es bien distinta.

ARISTOPHON y ALTAVOZ 2016 PHILIPS

365 PESETAS

Mundial-Radio BARMES, 8 Teléf. 30987

Robert Montgomery, Lewis Stone y Juan Marsh acompañan a Greta en esta producción. Hay que decir que admirablemente. Sobre todo Lewis Stone, que no tiene par en el tipo del cinico mundano.

«Inspiración», que pertenece a la M-G-M, fué bien acogida por el público. S.

Urquínaona: "Lo mejor es reír"

ESTA comedia, llevada a la pantalla por la Paramount, con un diálogo en español del señor Muñoz Seca, podría haber sido un buen film porque hay elementos para ello, pero no pasa de mediano.

El argumento queda deshilvanado como si el director hubiera procedido a saltos, sin dar a su labor una unidad. Y es lástima, repito, porque hay escenas graciosas, muy bien inter-

pretadas por Imperio Argentina—admirable en las canciones y en la parte hablada—, Tonv D'Algy—desenfadado y simpático—, Manuel Russell, Marguerite Moreno, Carlos San Martín y Rosita Díaz Gimeno, monísima.

El público rió muchas situaciones, en verdad chispeantes.

GAZEL

Lido Cine: "La Mer des Corbeaux"

Un soir de rafle», Albert Prejean..., el «chansonier» de «Sous les toits de Paris», René Clair substituido por Gallone, perderemos con el cambio; «Sous les toits de Paris» sigue esperando el film que marque la segunda línea en el libro de oro del nuevo cinema.

Recordamos la admirable creación de René Clair al comentar «Noche de redada»—título español de «Un soir de rafle».

Comenzaba aquel film de una manera original.

Una ojeada—prodigio de técnica—sobre los tejados del viejo París; la cámara, tal vez atraída por las notas lejanas de una canción popular, va penetrando lentamente en la vida intensa de la calle... «Noche de redada» empieza con unos planos, no exentos de belleza, pero vulgares. Albert Prejean canta en este film al igual que en «Bajo los techos de París», pero teatral, sin nada que justifique la canción, sigue siendo un buen actor, pero esta vez mal dirigido; los demás intérpretes, bien, destacando por su comicidad «el Barón», Lucien Baroux.

El argumento de esta película lo han agotado las casas americanas. No hay editora yanqui que no cuente en su haber con varios films sobre boxeadores que no pueden vencer más que a la vista de la novia buena.

Podía salvar la película su técnica, que no tiene que envidiar las de otros países, y la fotografía buena, con «ilus», etc., pero todo esto queda borrado a ratos por los títulos, mal redactados y colocados con poco cuidado y limpieza sobre la escena, a veces partiendo ésta con una faja negra donde va el rótulo.

Algunos «gazapos». En suma: un film hecho en Francia, y por actores nativos, que no es francés, al igual que tantos otros realizados aquí con peor técnica y fotografía.

«La Mer des Corbeaux», reportaje de Jean Epstein, es una sucesión de estampas bellísimas de un indudable valor artístico, pero difícil de mantener en el programa. El público inició un pateo, no obstante nuestra protesta, unida a la de una pequeña parte del público.

«Radio Armonía», graciosa, como todas las cintas de esta clase. Su realizador, John Forbes, queda bien como dhujuante, pero no acusa ningún rasgo que lo diferencia de los creadores de Mickey, Flip, etc.

A. DESCARBOURA

Fémína

IVAYA MUJERES!» es una comedia de aventuras, continuación de las que en «El precio de la gloria» y en «El mundo al revés» popularizaron los mismos protagonistas Víctor Mc Laglen y Edmundo Lowe, «Capitán Flag» y «Sargento Quirt», respectivamente.

La psicología de los personajes no ha cambiado, el ambiente es el mismo, las situaciones escénicas idénticas, y a través de la vida de campamento, de los episodios de rivalidad amorosa, compatibles con noble y franca camaradería, transcurren los tipos y lances jocosos que divierten con gracia y humorismo de buena ley, formando contraste con algún episodio de carácter dramático.

Añádase a los nombres de los prestigiosos actores citados los del jocosos «El Brendel» y las gracias múltiples y seductoras de la deliciosa Greta Nissen, y no habrá de extrañarnos la buena acogida que esta producción obtuvo.

«Whoopee», estrenada esta semana, es una

alegre producción, mezcla de revista y comedia, filmada toda en ténicolor de acertados tonos y máxima pureza de colorido.

Ziegfeld, «El rey de las Revistas», como le llaman en Norteamérica, ha justificado su fama en esta clase de espectáculos, dirigiendo este film en unión de Samuel Goldwyn, el productor de los Artistas Asociados.

«Whoopee» resulta una obra de gran espectáculo. En todas las escenas hay un alarde de arte, alegría y acendrado buen gusto.

La dirección consigue aciertos y efectos de insuperable vistosidad, moviendo con agilidad y dominio absolutos el voluminoso conjunto de elementos que integran la producción.

Desde luego, en el aspecto escenográfico ofrece perspectivas plásticas de relevante sutuosidad, y la presentación bate el «record» de cuanto se ha presentado en la pantalla.

Un enjambre de bellezas rubias, morenas, castañas, pero a cuál más bonita, forman los coros de ágiles bailarinas, que tanta fama han proporcionado a Ziegfeld. En verdad que nunca habíamos visto reunidas tantas mujeres guapas. Aún nos da vueltas la cabeza.

Culmina el derroche en las escenas finales con el desfile de «las mujeres de Aguila negra», desfile que hubiéramos deseado se eternizara.

Eddie Cantor es el amo de la situación, y las escenas de matiz cómico hallan en él un intérprete admirable por su rara y nada afectada comicidad. Encantadoras, Elhel Jhutta y Eleanor Hunt, que le secundan, con Paul Gregory.

En suma: una película de grandiosidad poco común, que ahuyenta el sueño, abre los párpados y recrea el oído.

ESTEVE

Fantasío

HAY que casar al príncipe», de la Fox.

Para remediar la crisis económica de su país, «El Gran Duque» concierta un empréstito con un magnate de la Banca norteamericana. Pero éste impone como condición ineludible, por conveniencias políticas, el matrimonio del príncipe heredero.

Este, que se siente más atraído hacia los «pur-sang» que hacia la sangre azul, se rebela contra toda sugestión matrimonial, y el Gran Duque, acompañado del banquero parten para París, donde contratan en un cabaret a Ivette, una muchacha atractiva y decidida, con el fin de que logre despertar en el príncipe sus sentimientos completamente dormidos.

Ivette consigue su propósito, pero en tan peligroso juego queda presa en su misma red, proporcionando un final adecuado a la película.

LAS figuras más bellas y elegantes de nuestro mundo cinematográfico procuran ataviarse lo mejor posible a fin de realzar sus encantos y brillar en todas partes por su belleza y distinción, para conseguir lo cual no vacilan en hacer sus pedidos a la Maison Germaine, Puertaerrisa, 6, seguras de que esta casa posee los modelos de sombreros que más favorecen el delicado rostro femenino.

la, después de divertidas situaciones equívocas.

José Mojica es el intérprete más destacado. Actúa y canta con su acostumbrado entusiasmo, y su simpatía, que tanta popularidad le ha granjeado, se verá acrecentada con este nuevo film. Conchita Montenegro mejora algo sus anteriores interpretaciones, y su labor no desentona. Miguel Ligerio juega graciosa y admirablemente su papel, y es digno también de ser citado Manuel Arbó.

La música es bella y agradable. Destaca un vals que canta con mucho gusto Mojica.

El público salió complacido del estreno.

E.

UNA PARODIA DE "EL PRESIDIO" POR LAUREL Y HARDY

En la historia cinematográfica, jamás se había dado el caso de un artista que haya conseguido escalar la cumbre de la popularidad en tan poco tiempo y con tan aparente facilidad, como lo han logrado la popular pareja de cómicos formada por Stan Laurel y Oliver Hardy.

Hoy puede decirse que son pocas las estrellas que tienen el atractivo de esta famosa pareja, a cuyo solo anuncio logran congregarse a las multitudes en los lugares en que se exhiben.

Pero por la índole especial de su trabajo hasta aquí habían venido casi siempre produciendo Stan Laurel y Oliver Hardy películas de corto metraje, en las que la comicidad se halla comprimida, siendo algo así como un concentrado a dosis elevadas de humorismo.

En la producción «De bote en bote» Laurel y Hardy se lanzan a la aventura coronada por el éxito más asombroso, de producir películas de largo metraje, a pesar de la enorme dificultad de estar habladas en español, idioma que como todo el mundo sabe no es el propio.

«De bote en bote» es una parodia de «El presidio», el film más dramático que hasta hoy se ha producido y todo el mundo puede comprender que no hay parodia más divertida que aquella que puede obtener de una acción eminentemente trágica.

Laurel-Hardy en «De bote en bote» nos presentan a dos inofensivos ciudadanos, cuyo único defecto consiste en su desmedida afición a la cerveza, afición que les conduce a una prisión americana.

Una vez en la cárcel les acontecen las más peregrinas aventuras, en el choque de su inocente humanidad con la corrompida personalidad de los más famosos bandidos y «gangsters» en que tan pródigos son los presidios americanos.

El infantil Laurel se ve enfrentado a la hercúlea brutalidad de «el Tigre», uno de esos criminales que se comen a los niños crudos, pero algún anónimo ángel de la guarda preserva al inefable Stan de las iras demoníacas del asesino.

Algo, sin embargo, peor puede sucederle y no es menos que la intervención de un dentista empeñado en arreglar la boca al pobre



Stan que tiene un diente roto, y que «naturalmente» paga Oliver Hardy por una lamentable equivocación, gracias a la cual pierde íntegra su dentadura.

Se acercan momentos de dura prueba, instantes fragorosos de revuelta entre los presos. Un plante ingente de todos los presos decididos a comprar con las armas su libertad, y en esta escena se advierte la heroicidad sin límites de esta pareja de héroes sometidos a la más dura prueba de su vida.

Días de tempestad traen auroras de paz, y Laurel-Hardy consiguen por fin verse en libertad. Claro está que para ello ha sido necesario escaparse de la prisión, arrostrar las iras de los canes enfurecidos que salen en su persecución, y embadurnarse la cara de negro, refugiándose en un poblado de gente de color.

Esto da ocasión a Oliver Hardy para cantar por primera vez con una magnífica y bien timbrada voz de tenor, las bellas canciones del Sud, secundado por el más desahogado danzón que en su vida haya bailado Stan Laurel.

Desgraciadamente, todos sus esfuerzos son vanos. Los malaventurados Laurel-Hardy son descubiertos y han de volver nuevamente a la prisión, donde tienen que extinguir su condena hasta el fin, saliendo finalmente de la cárcel con uno de los más agradables recuerdos que pueden guardar de su azarosa y divertida vida.



TENTACIÓN

Film de Columbia Pictures - Novellización de Mary M. Spaulding.

CAPÍTULO PRIMERO

Larry Donovan abandonó la oficina del jefe de la prisión con el corazón inundado por la emoción.

—Se le acaba de anunciar que quedaba libre!...

Salió a la calle y respiró a pleno pulmón. La luz, el sol, la vida amplia y hermosa volvían a ser suyos... Podía caminar sin sentir detrás de él los pasos de un guardián despótico y severo...

Sus ojos, deslumbrados por el torrente de luz, se achicaron un instante, y al abrirlos de nuevo abarcó en una mirada el panorama de libertad que se extendía ante sus ojos. Con paso rápido se alejó de la prisión... Quería abandonar la vista de las paredes que le encerraron durante un año...

—¡Libre!... ¡Libre!...—repelía con voz de triunfo. Y de pronto la palabra expiró en sus labios...

Recordó las frases del jefe de la prisión: «Quedas libre, pero en cierto modo sujeto a la ley... Esto es, cada mes tienes que presentarte a las autoridades y hacer un repórt de cuanto has hecho durante este tiempo. Tienes que ir, durante ese año, a tu mismo pueblo, donde caíste en manos de la justicia... De no hacerlo, habrás infringido la ley y volverás a cumplir el año que te faltaba...»

Y con voz retadora había agregado tras una breve pausa:

—Y no olvides que la menor ofensa a la ley ahora te traerá muy malas consecuencias por tus antecedentes penales. Con que a ver si nos portamos bien, muchacho. Busca trabajo y no te reumas más con los amigos que tenías...

El joven sonrió irónicamente.

—¡Libre!—se repitió—. ¡Libre y tengo que vivir sometido a una inspección...! seguido... Vamos, he cambiado de casa, eso es todo... Y pensar que aquella condena había sido impuesta por una falta que en realidad no cometí... En fin, de todos modos mejor es estar en la calle que allí—se dijo Larry volviendo los ojos a la mole gris que quedaba detrás.

Si no volvía a mezclarse con los bribones que causaron su ruina, bien podía decirse hombre libre. Y nada tendría que temer de la policía...

Con el corazón aligerado por este nuevo optimismo, con la alegría que el aire libre y el espacio que sin limitaciones se extendía ante él, se encaminó contento a la estación donde debía comprar el boleto que lo llevara a su pueblo. Había que obedecer las órdenes de la ley...

Esperaba la información que acababa de pedir al empleado de la taquilla, cuando de pronto sintió que una mano se posó en su hombro. Tembló un instante. Creyó, aun sin volverse, que sería la mano del guardián.

Humillado, se volvió. Estaba frente a un desconocido. Con éste había otro hombre, y ambos tenían un aspecto sombrío y poco tranquilizador.

—¿Es usted Larry Donovan?—preguntó.

—Sí—repuso Larry—; ¿qué me quiere?

—Acabas de salir de la cárcel, ¿verdad?

—prosiguió el desconocido, dándole de pronto aquel tratamiento familiar.

Larry hizo un movimiento de disgusto.

—No entiendo qué derecho tiene usted para hacerme preguntas, señor...

—Vamos, hombre—dijo con aire socarrón el otro—, no te des tono conmigo. Estoy esperando aquí desde hace largo rato... Tus amigos se enteraron de que hoy saldrías y que serías enviado allá al pueblo... Hemos venido a darte algunas instrucciones...

—¿Instrucciones a mí?

Larry sentía arder su sangre de indignación. Sin prestarle atención, el desconocido continuó:

—Tus amigos, los camaradas de tu pueblo,

preparan un gran golpe. Cuentan contigo. Te necesitan y tú los necesitas a ellos...

Larry Donovan se estremeció. Volvió sus ojos azorados hacia todos lados, temeroso de que algún policía los pudiera escuchar... Sus ojos relampaguearon de ira. Con gusto hubiera ahofetado a aquel hombre, pero se contuvo.

—No. No tengo nada que ver con ellos. El tiempo que he estado en la cárcel me ha enseñado una buena lección. No quiero sufrir más. No quiero volver. No me mezclaré en sus líos...—el joven, violento, casi gritaba...

—Vamos, cálmate, muchacho—intercedió el otro—. ¿Qué crees tú que puedes hacer?... ¿Acaso piensas que han de darte trabajo en parte alguna? Cuando sepan que has estado en la cárcel, todos te cerrarán las puertas. Te pedirán antecedentes en todas partes... El hambre es mala compañía, amigo... Más mala que la de los compañeros a los cuales no quieres volver... Además—agregó con voz sombría—, sería fatal para ti que les volviese ahora la espalda... Sabes muchos secretos y tienes que quedar con ellos... Piénsalo bien, muchacho, y acuérdate que te esperan...

Por los ojos de Larry pasaron raras ráfagas de odio. Empero reaccionó, y disimulando su rabia, repuso:

—Esta bien. Ya los veré al llegar al pueblo. La presencia de un policía que se acercaba, desbarató el grupo.

Larry Donovan se acercó de nuevo a la taquilla. Había tomado una resolución.

—Deme un boleto para New York—pidió con voz segura.

No iría a su pueblo.

Tenía que huir. Alejarse del grupo aquel de facinerosos que despiadadamente lo perseguían. Era preciso poner distancia de por medio y vivir en una gran ciudad, perdido en el conglomerado... Súbitamente pensó en las palabras del jefe de prisión: «Cada mes tienes que reportar a las autoridades de tu pueblo... Una infracción será doblemente castigada...»

Larry Donovan se encogió de hombros. En-

tre seguir con los bandidos aquellos e infringir la ley, tenía que optar por lo segundo: era menos peligroso.

CAPÍTULO II

En la gran metrópolis, Larry se encontró perdido, anonadado. No era tan fácil encontrar trabajo. Los días pasaban y las pocas oportunidades que se le ofrecían se evaporaban ante sus ojos cuando llegaba el instante de dar referencias...

Sin haber encontrado solución al duro problema de su existencia, vió como los pocos recursos que tenía se agotaban... Por fin, un día se encontró con veinticinco centavos en el bolsillo y un estómago exigente que le pedía a gritos alimentación... Entró en un restaurant barato. Y después de una breve contabilidad, satisfizo medianamente las necesidades de su estómago.

Al ir a pagar, la muchacha del contador se le quedó mirando fijamente. En sus dedos jugueteaban los veinticinco centavos que acababa de entregarle. De pronto la joven se encaró con él.

—Oiga, amigo; este dinero es falso.

—¿Falso?... ¡Imposible!...

—¡Ah!, con que es imposible, ¿verdad? Pues mire—y al decir esto, la muchacha dejó caer la pieza sobre el mostrador. Efectivamente el ruido que produjo la moneda fué peculiar: como de plomo. La moneda era falsa... Larry sonrió. Estaba seguro de su inocencia, y ni por un instante se le ocurrió que alguien podría dudar de él.

—Lo siento. Pero es todo el dinero que llevo...—dijo un poco cortado.

—Yo también lo siento—respondió secamente la cajera. Y ahora mismo voy a llamar al jefe para que avise a la policía.

Al decir esto, su mano fué a posarse en un timbre inmediato. Larry la contuvo bruscamente.

—¡No lo haga, señorita! ¡No lo haga! Si la policía viene, me pondrá en la cárcel... Acabo de salir de ella apenas hace dos semanas... Sería difícil probarles mi inocencia...

Julia—que era el nombre de la cajera—lo miró sorprendida. Pero en los ojos de aquel joven, en toda su actitud se conocía que decía la verdad. Una imperceptible sonrisa se dibujó en los labios de la muchacha, y dijo:

—Está bien. Yo pagaré esos veinticinco centavos de mi bolsillo. Pero, dígame—exclamó de pronto, interesándose por este desconocido—, ¿qué es lo que va a hacer? ¿Cómo no busca un empleo?

—Bien he tratado de buscarlo—repuso Larry—, pero todos piden antecedentes, y al enterarse que he estado en la cárcel, o al no poderles dar referencias satisfactorias..., bueno, no se interesan. Es duro encontrar nada cuando se lleva a cuestras el fardo de una condena. ¡Es imposible trabajar!

—¿Imposible?... Vamos, usted es un cobarde, amigo. Un verdadero hombre no tiene el derecho de decir que hay algo imposible. ¡Algo que sea honorable!... Si usted quiere encontrará trabajo. Cualquier cosa. Barrer las calles, limpiar platos..., lo que sea. El mundo es para los que saben luchar. Si usted quiere, trabajará y podrá pagar sus cuentas y cambiarse de traje—añadió mirando fijamente al que Larry llevaba, que mostraba un marcado desaliño.

Larry la miró sorprendido. Aquella muchacha tenía nervios... Jamás nadie le había hablado en semejante forma. Con voz emocionada el joven dió las gracias, murmuró otras palabras apenas perceptibles, y salió.

Julia lo siguió con la vista y sonrió benévola.

Una semana más tarde Larry Donovan penetraba en el mismo restaurant. Su aspecto era completamente distinto. Había desapare-

Crema

May-Well

núm. 48.

Para Cutis Anémicos, Picaduras de Viruela y Limpieza de la Epidermis

Única crema en el mundo para los cutis anémicos, las picaduras de viruela y otros defectos del cutis.

La Crema May-Well núm. 48 limpia las capas de la piel, las alimenta y hace que la epidermis se cure casi instantáneamente.

Con suma constancia llega a eliminar por entero los pequeños hoyos de la viruela y los demás defectos de la piel.

Usando la Crema May-Well núm. 48 estará en todas las épocas exento de granos y rojeces en la piel. Su cutis será envidiado por verse transparente su frescura natural de la juventud.

Muestra gratis se envía a todo solicitante con sólo remitir un sello de correos de 0'25 y certificado 0'40.

MODO DE EMPLEO

Por la noche frotar bien el cutis con una pequeña cantidad de esta crema y por la mañana lavarse con jabón, secarse y pasar el tónico 84.

Para muestras y pedidos: J. OLIVER
Cortes, 569
BARCELONA

cido la incertidumbre de sus ojos... El traje que llevaba estaba limpio y bien cortado; toda su persona respiraba bienestar y nitidez. Se acercó a la caja, y poniendo en el mostrador una moneda de veinticinco centavos, dijo con alegre voz:

—Señorita cajera; ahí está el dinero que me prestó, y muchas gracias...

Julia levantó la cabeza sorprendida.

—¿Cómo?... ¿De dónde sale usted?... ¡Qué cambio!... ¡Parece otro!...

—Estoy trabajando. Aquellas palabras tuyas me han hecho otro hombre. He venido a darle las gracias, a pagarle su préstamo y a invitarla a cenar conmigo...

Julia lo miraba de hito en hito. Pues no era poco fresco el tal joven... Así, sin conocerla, y se atrevía a hacerle invitaciones.

—Lo siento, pero no salgo nunca con desconocidos, joven—respondió muy seria.

—Pero es que yo no soy un desconocido. Usted es mi mejor amiga. Es la única que poseo—continuó Larry sin desconcertarse.

Julia sonrió. Este muchachote fresco y sincero le interesaba. A pesar de la insolencia de su seguridad, había cierta ingenuidad infantil en sus palabras. Pero como no podía darle pretexto para insistir, repitió muy grave:

—Vamos, joven, haga el favor de retirarse. Ya le he dicho que no acepto invitaciones de desconocidos. Váyase.

Larry salió cabizbajo. Diez minutos más tarde estaba de nuevo frente al mostrador de la bella cajera, insistiendo en su demanda.

Y a pesar de que Julia se mostró inexorable, aquella noche, en un alegre rincón de Long Island, los dos jóvenes se divertían como dos chichuelos, y Julia Becker contaba su vida a Larry Donovan, mientras que éste vertía todos los incidentes de la suya en la comprensión maternal y buena de su nueva amiga.

Habían llegado a un punto culminante de sus confidencias.

Muy serio, Larry la interrogó:

—¿De manera, pues, que te vas a casar, Julia?

Los ojos de la joven se perdieron un instante en la inmensidad.

—Sí, me caso. Quiero tener un hogar, una casa grande, llena de confort... Quiero tener seguridades..., quiero tenerlo todo...

Larry se acercó más.

—¿De todo?... Pero no has mencionado algo muy necesario, muy imprescindible, Julia... Algo más importante que la casa, las joyas... Algo superior a las riquezas y seguridades materiales... ¡El amor!

Julia se estremeció. Bruscamente separó su mano de la de Larry, y con voz temblorosa que quería hacer segura, respondió:

—No es preciso el amor para ser feliz. Yo quiero vivir tranquila. Quiero tener un ambiente refinado. Quiero trajes, quiero gozar de la vida y no perder mi juventud en la espera estéril. Quiero alejarme de la sordidez de un puesto como cajera en un Restaurante pobre y mal oliente. El amor no podía darme nada de eso. Me puedo pasar muy bien sin él...

Larry la miró sonriendo.

—No, Julia; no podrás. Eres muy joven y sentirás el grito invencible, vigoroso, del amor... Cuando lo creas tener todo, verás que todo te falta...

—¡No!—gritó la joven exasperada—. Te digo que no. Y poniéndose pie, añadió: —Vamos. Ya hemos hablado bastante. Es tarde y quiero irme...

Silenciosamente se alejaron de allí. Pero en sus corazones había un tumulto. Y apenas osaron mirarse hasta llegar frente al apartamento de Julia, donde se despidieron muy serios...

CAPÍTULO III

Después de aquella noche los jóvenes se veían cada día. Ya fuera convenido de antemano, ya accidentalmente, no pasaba un día sin que ambos se encontrasen. Y a pesar de esta circunstancia, y del placer que cada uno encontraba en la presencia del otro, ambos sufrían al verse. Julia estaba en vísperas, casi, de casarse, y Larry lo sabía...

Billy Bevan, un hombre de corazón y de fortuna, había puesto ambos a los pies de la joven. Muchos años mayor que ella, no esperaba que Julia sintiera por él una intensa pasión, pero sabía que ésta podía ser substituida por un afecto hondo. Tenía fe ciega en el juicio de la cajera y todos sus anhelos se concentraban en complacerla y hacerle la vida agradable.

En la soledad de su alcoba Julia Becker sostenía una lucha tenaz con su corazón y su cerebro. No amaba a Billy—lo quería y respetaba por bueno, por noble—quería las comodidades que este hombre le facilitaría, las seguridades del futuro... pero jamás lo amaría...

Algunas veces, al pensar en este mismo futuro que tan seguro creía, sintió miedo. Muchas veces trató de retroceder. ¿Era decente que se uniera a un hombre a quien no amaba, meramente porque este hombre tenía dinero para comprarla?... Pero el recuerdo de su infancia, sórdida y mísera; de los sufrimientos que las privaciones llevaron a su espíritu era tan abominable... ¡No! No podía retroceder. Bastante había sufrido. Ahora lo quería todo y lo tendría... Y los preparativos para la boda continuaban rápidos.

Larry, por su parte, conservaba aún una suprema esperanza: sabía que Julia era honrada. Estaba seguro que Julia no amaba a su prometido y esperaba que retrocedería antes de consumarse el sacrificio final... Larry amaba a la joven y no podía acomodarse a la idea de perderla para siempre... Esperaba...

Un día, empero, Julia le anunció la fecha definitiva. El joven sintió como si una terrible maza le hubiese machacado el cerebro. Nada dijo. Sonrió y fué a esconder su dolor, o a ahogarlo en el alcohol, único amigo que podía hacer que sus penas se mitigaran siquiera un instante. Desde aquel día bebió inexorablemente. Se convirtió en asiduo concurrente a un cabaret barato y su aspecto volvió a ser desordenado, sus ojos tomaron de nuevo la expresión incierta de los pretéritos días en que la vida nada significaba para él, huérfano de estímulo y sin la esperanza del amor.

Una noche en que se encontraba más embriagado que nunca fué automáticamente hasta el apartamento de la joven. Llovía a torrencios pero a Larry no le importaba. Allí esperó, bajo la inclemencia de la lluvia la llegada de la cajera. La vio bajarse del lujoso auto de Billy Bevan. Julia venía envuelta en pieles. Al in-

fortunado beodo le pareció una visión encantada y temió verla desaparecer como en sueños sucede con las maravillosas visiones que concibe nuestra mente. Vió cuando el prometido la besó y se despidieron...

Al abrir su puerta Julia sintió los inciertos pasos del joven. Se volvió súbitamente y quedó paralizada de terror. Larry estaba palidísimo. Era una figura patética que daba lástima.

—¿Cómo, Larry, qué buscas aquí a estas horas?

Una carcajada cortada por un hipo persistente y torpe, contestó. Y Larry, dando traspiés comenzó a hablar:

—Quería verte, Julia. Tenía que verte de nuevo...

—Larry, por Dios, estás borracho y calado hasta los huesos! Vete en seguida y quítate esa ropa. Te enfermarás...—decía sôlita la joven, palpando las ropas del desdichado.

—¿Para qué?... Yo quiero estar aquí en la escalera. Voy a quedarme aquí. Quiero ver a Julia—insistía el joven, con la tenacidad estúpida del borracho.

—Larry, escúchame: vas a entrar un instante a mi apartamento para secarte esas ropas y tomar una taza de café. Te sentirás mejor después... pero prométeme que vas a ser juicioso... Necesito que me digas por qué te has puesto en ese estado... ¡Dios mío, si estás tiritando de frío! Ven, ven, entra...

Una vez dentro, el joven dió riendas sueltas a su dolor.

—Te amo y nada me importa puesto que te he perdido... tú quieres riquezas... una casa grande; ¡yo quiero alcohol!... Mira, chica; el alcohol es magnífico, ¿sabes? Te hace olvidar... Sé que vas a decirme como aquel día que soy un cobarde... pero, ¡qué importa!... Y como si de pronto el joven tuviera un momento de lucidez, añadió suplicante:

—¡Oh! Julia, ¿es posible que te cases con ese hombre?... Dime si lo amas... dime la verdad...

El cerebro del borracho se aclaraba. Entraba la luz a su espíritu y con ésta el dolor se agudizó: tomó apasionadamente una mano a la joven y estrechándosela con fuerza repitió:

—Dime, dime si te vas a casar con un hombre al que no amas.

Julia retrocedió:

—Vete, Larry. Vete ya. Ahora estás mejor. Vete...

Julia temblaba. Larry se aproximaba a ella. Sus ojos se posaron ardientes, imperativos en la joven. Sin saber cómo, en un instante Julia Becker estaba en los brazos de Larry y sus labios se habían unido en un beso: ¡el primero, el único, el del amor!...

Empero, fué sólo un minuto de rendición.

(Continuad)

Cada rostro requiere un peinado distinto

El color de sus ojos, el matiz de su piel, el óvalo de su cara, deben formar un armonioso conjunto con su peinado.

Si usted confía este detalle, complemento primordial de su belleza, al famoso peluquero alemán

Kurí Laudel

experimentará la satisfacción de ver cómo su cabello se transforma y adquiere la máxima hermosura. Todos los últimos adelantos de la ciencia al servicio de la gentil coquetería femenina, los encontrará en el Instituto de Belleza que dirige este mago de la moderna peluquería.

Rambla de Cataluña, 13, pral.
Teléfono 22256

Novísimo aparato

MAIER, de MUNICH

para la ondulación perfecta



Fajas de caucholína para adelgazar
Pida los nuevos modelos de FAJAS ENTALLADAS

Rambla de Cataluña, 24 - Barcelona

Sucursales en Bilbao, Córdoba, Málaga, Madrid, Oviedo, Santander, San Sebastián, Sevilla, Valencia, Vigo y Zaragoza.

Le indicó con un ademán que la imitara.
Olga dulcificó un poco el gesto y volvió a sentarse.
asi, dejándole tan desagradable impresión.
una mujer como todas. No me obligue a marcharme.
He debido darme cuenta al momento que usted no es
—La pido a usted perdón por mi inconveniencia.
desairada situación y replicó :
Lo dejó frío, clavado en el suelo. Se sobrepuso a su
—Hemos terminado, señor.
la farsa, y dijo :
gana sin riesgo alguno. No obstante, había que seguir
Le pareció que haría de Gerardo cuanto le viniera en
estaba satisfecha del cariz que tomaba la entrevista.
violencia. Pero su actitud era estudiada. En el fondo
Olga se levantó con gesto de reproche, aunque sin
—! Estoy loco por usted ! Eso es todo !
sorda :
Por fin, haciendo un esfuerzo exclamó con voz
de hielo ! ¿ A qué, entonces ?
qué había ido él allí ? ¿ A enamorarla ? ! Pero si era
A Gerardo no le llegaba la camisa al cuerpo. ¿ A
rodeos lo que pretende de mí.
puedo malgastarlo en inútiles galanterías. Dígame sin
—Le escucho a usted. Mi tiempo es precioso y no
zarina insistió :
Ella lo aceptó. Ya con el cigarrillo humeante, la dan-
po y procurar serenarse y ofreció un egipcio a Olga.

J U A N D E E S P A Ñ A

L A V E N U S R O J A

estar visible. Se pensó en que se marchara a «Villa-Luz», pero luego acordaron que se quedara en una de las piezas que comprendían el cuarto alquilado a nombre de Olga Vertoff.

En todos estos preparativos y en el arreglo de las distintas piezas del cuarto transcurrieron las horas.

Se acercaban las siete y crecía la impaciencia de las dos bellísimas y audaces jóvenes.

Vera llegó al pisito con algunos vestidos y ropa interior para Olga y Fresia. Los había comprado, por encargo de la Venus en unos grandes almacenes. La danzarina del Follies era previsor. Sabía que acaso no les conviniera dejar la menor huella de sus personas, lo mismo a ella que a su amiga. Podía descubrirse la intriga antes de tiempo y no era prudente comprometerse demasiado.

Lo que Olga se proponía era jugar con el equívoco. Ser ante Gerardo Ramírez la Venus Roja y la mundana de «La Estrella de Oro», según conviniese. En pocas palabras : mantenerlo en la duda y según él se comportase aparecer con su verdadera personalidad o burlarse haciéndole creer que sólo era una impostora.

El papel de Fresia era más fácil : un cambio completo de personalidad ante todo el mundo. La ex embajadora de Inglaterra desaparecía de escena, incluso

—No puedo contestarle. ¿ Se yo misma ahora si sus poco ?—inquirió Gerardo, anhelante.
—¿ Y si me hago merecedor a que se me quiera un por un ideal, no por una cosa tangible como soy yo. innata en el hombre. Y lo que yo pido es el sacrificio no existe ni puede existir. El egoísmo es condición na cosa. ¿ Pero para qué seguir soñando ? Ese hombre —No pedir nada a cambio. Tal vez así lograra algu- —¿ Qué más hace falta ?
—No bastaría—replicó Olga.
su porvenir, su vida, todo. Póngame a prueba.
—Acaso sea yo ese hombre dispuesto a sacrificarle Y se atrevió a insinuar :
El mejicano estaba cada vez más atónito. Pero las palabras de Olga le dieron alientos, le reconfortaron.
lo comprendo.
exigiera de ellos. Soy una mujer demasiado exigente, nir, su tranquilidad o su vida ; lo que yo necesitara o nitas y ninguno sería capaz de sacrificarme su porve- los hombres, porque todos mienten con palabras bo- estar dispuesto a hacerlo. De ahí mi apartamiento de Lo que a mí se me diga ha de ser verdad y se ha de mi atención hay que expresarse sin falsos lirismos. labras, es que no me agrada oír tonterías. Para retener —Ahora hable usted. No es que me asusten las pa- —Gracias—balbució el mejicano.

L A V E N U S R O J A

J U A N D E E S P A Ñ A

—Le ha hablado La Venus Roja, pero mañana por la noche le hablará la muchacha de «La Estrella de Oro». Después, o aquella será ésta, o ésta será aquella, según convenga.

—¡ Eres genial !— exclamó Fresia.

—Soy sencillamente una mujer que quiere servir a su Patria en esta ocasión. Sólo esto, Fresia.

Sacó atolondradamente la pitillera para ganar tiem-
aquella mujer.

nado por la belleza extraordinaria y por la frialdad de
Gerardo se sentó también. Estaba cohibido, domi-
quedó mirando.

Lo hizo ella, arrellanándose en un silloncito. Cruzó
una pierna sobre otra, con gesto despectivo y se lo
tese y empuja.

—Me han dicho que quiere usted hablarme. Sién-
Olga, sin dejar de sonreír finamente, habló:

merizo.
Aunque tenía costumbre de tratar mujeres de todas
clases, en este momento se conducía como un pri-
reverencia.

cantadora aparición. Luego se inclinó en una torpe
pie, con ojos asombrados y estúpidos ante aquella en-
Gerardo dio un bote en su asiento, quedando de
zó despaciosamente y sonriendo.

rojo como una llamara: era Olga Vertoff, que avan-
recortó la graciosa silueta de una mujer, vestida de
cerebro obtuso, cuando en el dintel de la puerta se
ma. En lograrlo se torturaba el cerebro, su pequeño
Gerardo Ramírez no acertaba a descifrar aquel enig-
y la Venus Roja?

tir entre la pobre muchacha de «La Estrella de Oro»
marite, iba a recibirlo. ¿Pero qué relación podía exis-
Y ahora, por mediación de una cortesana de Mont-

L A V E N U S R O J A

J U A N D E E S P A Ñ A

para las autoridades francesas, que la verían partir
hacia cualquier país extranjero. Allí sólo quedaba una
horizontal llamada Lulú. Ni más ni menos que esto.

* *

A las siete en punto un automóvil paró ante el nue-
vo hospedaje de Olga Vertoff. De este coche se apeó
Gerardo Ramírez, que a poco oprimía nerviosamente
el timbre de la puerta.

Vera salió a abrirle. En la penumbra del pasillo, el
mejicano no pudo apreciar bien sus facciones.

—¿La señorita Olga Vertoff?—preguntó Gerardo.

—Le aguarda a usted, señor. Sígame.

La doncella condujo al visitante a un pequeño sa-
loncito. Le invitó a sentarse y le dijo:

—Voy a anunciarle.

Y salió.

Gerardo Ramírez estaba cada vez más confuso. Le
parecía estar soñando. ¿Cómo era posible llegar tan
fácilmente ante la Venus Roja, cuando él sabía que
se negaba a recibir a nadie en su camerino del Follies
ni en su domicilio? Porque él mismo, Gerardo, había
intentado muchas veces que lo recibiera, valiéndose
de todos los empleados del music-hall. Y como él,
lo más florido de la sociedad parisina.

La Venus Roja se echó a reír. Su risa arañaba el co-
cometer un crimen horrendo, la obedeceré ciegamente.
—¡Confíe en mí, no más! Aunque me proponga
probablemente la libertad y hasta la vida.

—Pero es que si me falla me puede costar muy caro,
figamente a los ojos, repuso recalcando las palabras:
Olga acercó su rostro al del mejicano y mirándolo
—¡Hágala, hágala! —exclamó, febril, Gerardo.

rentar incredulidad.
repuso la Venus sonriendo un tanto burlona para apa-

—Vaya, veo que será necesario hacer la prueba —
como ahora, sólo como ahora, soy capaz de todo!

—Porque usted me mire, porque usted me sonría,
Gerardo Ramírez, estalló en un arrebatado pasional:
propongo no le conviene a nadie.

promete nada. Comprendo que las condiciones que yo
Pero yo soy una mujer fatal que lo exige todo y no
de la carne, el amor, si esto le parece más decente.
cado usted conmigo. Lo que usted busca es el placer
fria, tan insensible como una estatua. Se ha equivo-
—Tan bella como la más bella escultura. Y tan
—¡Oh!, no es posible. ¡Una mujer tan bella!

que no lo tengo?
mudo hasta hoy, tan mudo que ya he llegado a pensar
actos, si su conducta logran emocionar mi corazón,

J U A N D E E S P A Ñ A

L A V E N U S R O J A

razón de Gerardo, cuyo rostro, casi desencajado, daba
espanto.

Olga, posó su mano sobre el hombro de él y dijo
con suavidad:

—No tanto, no tanto, amigo mío. Tranquilícese. Y
ahora, váyase. Si dentro de tres días, después que re-
flexione, sigue tan leal a mi capricho, vuelva. Si no
es así, olvide esta entrevista.

—¡Volveré!—afirmó Gerardo.

La danzarina se había puesto en pie y le indicaba
la puerta a su visitante, sin cesar de mirarlo y de son-
reír. Antes de que saliera le dijo:

—Acaso, una noche de éstas, si vuelve al cabaret
de Montmartre, vea a la muchacha que se parece
a mí.

En el pasillo, Vera aguardaba a que saliera el meji-
cano, al que acompañó hasta la puerta del cuarto sin
decir una palabra.

Ya fuera Gerardo Ramírez, Fresia entró en el salon-
cito donde había tenido lugar la entrevista y en el que
permanecía Olga Vertoff, cuyas pupilas fulgían extra-
ñamente.

—¿Qué?—inquirió la inglesa.

—Todo marcha bien, querida amiga. Creo que he-
mos encontrado al individuo que nos hace falta.

—¿Te has dado a conocer?

**Laboratorio Técnico
Cinematográfico**

R. Soler y F. Oliver

Mallorca, 209 : Teléf. 73231

Barcelona

★

Laboratorio de Especialidades Técnicas Cinematográficas Patentadas

¡Editores! Novísimo procedimiento para la edición de películas en color transparente, sin colorantes ni gelatinas bicromatadas. Obtención de las medias tintas. Reproducción exacta de los colores del original. Sección especial para el tiraje de títulos en color. Grandes fantasías de sorprendente novedad.

Acetificación de las películas. De aplicación a las copias ya impresionadas, ya sean nuevas o usadas, por el cual quedan protegidas las emulsiones o gelatinas, evitándose las rayas con una superduración en un 75 por %, como minimum. Se obtiene mayor elasticidad, transparencia y brillantez fotográfica permanente, una mayor resistencia a la acción del arco por transformarse la emulsión en ininflamable, inalterable al contacto del agua, etc. Sección especial para el **TECNICOLOR**.

Pulido químico del celuloide. Se eliminan las rayas por la parte del celuloide y en las que de nuevas se trataron por el procedimiento de **ACETIFICACION**, se eliminan por ambas caras, quedando en estado nuevo, sin rebajar el grueso del celuloide.

Las copias picadas en 1.º, 2.º y 3.º grado, si no falta celuloide, se sueldan sus cortes, quedando en perfecto estado de explotación para obtener un mayor rendimiento de alquileres y prevenir su precipitada destrucción.

Copias aceitadas. Por procedimiento mecánico, se elimina cualquier clase y cantidad de aceite depositado en las copias, quedando absolutamente limpia y transparente su fotografía y celuloide.

Solicite
pruebas
y
condiciones

★

Se hacen ensayos
gratuitos en su
propio material

Chocolates



Casa fundada en 1800

***Chocolates de tipo familiar, puro, con almendra, con leche,
de gusto francés, Caracas***

Depósito central: Manresa, 4 y 6 - Barcelona



PARÍS, 134 - BARCELONA
HUECOGRABADO



Ayuntamiento de Madrid